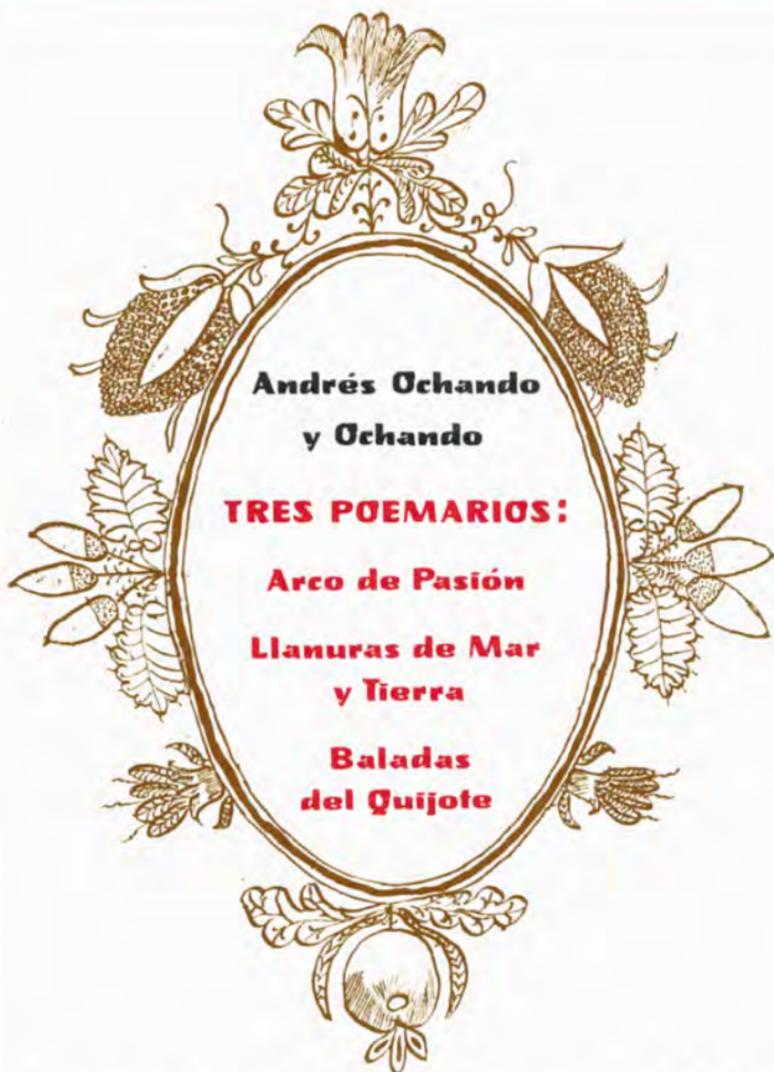


# CLASICOS ALBACETENSES, 7



**Prólogo y edición: José Manuel Almendros Toledo**

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES DE LA EXCMA. DIPUTACION DE ALBACETE  
C. S. I. C. CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES

**TRES POEMARIOS:**

**Arco de Pasión**

**Llanuras de Mar y Tierra**

**Baladas del Quijote**

# CLASICOS ALBACETENSES, 7

**Andrés Ochando y Ochando**

**TRES POEMARIOS:**

**Arco de Pasión**

**Llanuras de Mar y Tierra**

**Baladas del Quijote**



**Prólogo y edición: José Manuel Almendros Toledo**

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES DE LA EXCMA. DIPUTACION DE ALBACETE  
C. S. I. C. CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES  
ALBACETE 1991

D L AB - 40 - 1991  
I S B N 84 - 87136 - 19 - 2

IMPRESO EN GRAFICAS QUINTANILLA  
Campoamor 9 LA RODA (Albacete)



ANDRÉS OCHANDO Y OCHANDO

**PRESENTACIÓN  
Y  
PRÓLOGO**

## ANDRES A. OCHANDO Y OCHANDO

Nació este fino estilista de las letras en Albacete, en la calle Ricardo Castro número 1, el 1º de marzo de 1912<sup>1</sup>. Pertenecía a una familia de hidalgos y hacendados propietarios del Distrito de Casas Ibáñez<sup>2</sup>, en cuya comarca ejercieron una gran influencia política y económica desde mediados del siglo XVIII. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, los Ochando extenderán sus influencias al ámbito provincial y nacional, llegando algunos de sus miembros a situarse en los más altos peldaños del poder político y militar.

Andrés Angel Ochando y Ochando, siendo muy pequeño se vio obligado a trasladarse con su familia a Madrid, ciudad en la que inició sus estudios de bachillerato con los hermanos marianistas, estudios que concluiría con los padres escolapios, en Valencia.

<sup>1</sup> Archivo parroquial de San Juan Bautista Albacete. Bautismos Libro 57 pág. 40 v.

<sup>2</sup> A un antecesor suyo, Andrés Ochando de la Vanda-Galdámez, le fue reconocida la carta de hidalguía en la Sala de Alcaldes de Hijosdalgos de la Cancillería de Granada, el 18 de junio de 1770. Ver pleito de A. Ochando frente al concejo de Jorquera (1771), para ser tenido como hijodalgo. *Archivo Histórico Provincial Albacete. Municipios. Jorquera. Actas correspondientes al año 1771. Caja 4.*

Decidido por las leyes, estudió Derecho, y se licenció en las Universidades de Murcia y Valencia, aunque según sus propias palabras *"nunca ejerció tan digna profesión"*.

Fue muy temprana su inclinación hacia el mundo de la expresión literaria. A los diez años confeccionó su primer periódico mientras pasaba las vacaciones estivales junto a sus padres, en Casas Ibáñez y Fuentealbilla, poblaciones donde la familia tenía su patrimonio. Era un pequeño boletín manuscrito, **"La Flor del Mes"**, compuesto en su mayor parte por crónicas locales y artículos literarios y de opinión. Durante tres años, cada mes, sacó regular y puntualmente su gaceti-lla; los pocos ejemplares que con prodigioso oficio pa-cientemente pergeñaba, los repartía entre familiares y amigos.

Cumplidos los dieciseis años y siempre que la rigurosa disciplina de sus estudios lo permitía, hacía algunas incursiones en el mundo de la prensa impresa. La mayoría de sus trabajos tuvieron como exclusivo destino el periódico local ibañés **"La Voz del Distrito"**, propiedad de su familia. Notas de sociedad, crítica de espectáculos, reseñas taurinas y poesía lírica, fueron las colaboraciones habituales que salieron de su pluma durante esta etapa juvenil. Y es que, para Ochando, su compromiso con las letras pasaba inevitablemente por el periodismo, medio del que siempre fue habitual co-laborador y entre cuyos profesionales tuvo grandes amigos. La prensa de Madrid, Albacete, Valencia y Murcia, fueron las principales destinatarias de la parte más copiosa de su labor de escritor.

Su obra literaria más destacable hay que inscribirla en sus años de juventud. Muy vinculado al movimiento literario del 27, de cuyas fuentes bebió, fue en los años que precedieron a la última guerra civil cuando publicó la mayor parte de su mejor obra. En primer lugar, dio a la prensa dos pequeños poemarios en prosa que llevan por títulos "**Arco de Pasión**" (1932) y "**Llanuras de mar y tierra**" (1933). Con ellos, el autor pretendía la búsqueda de una renovación estética muy en la línea seguida por Benjamín Jarnés, escritor aragonés al que le unía una gran amistad y del que se dijo que era "*el capitán de la novela poética*" de su generación. Ambos poemarios fueron editados con recursos financieros propios y en ediciones muy limitadas. Actualmente dichos ejemplares son de difícil localización.

Como el resto de este grupo de escritores cuya obra podíamos situar en los años de la II República, sintió una gran veneración por los clásicos españoles, a los que prestó atención preferente. Así pues, en 1934, compuso una serie de impresiones y variaciones sobre el inmortal personaje cervantino. La obra lleva por título "**Baladas del Quijote**", y es, sin duda, su trabajo mejor logrado y que, a decir de Sainz de Robles<sup>3</sup>, fue acogido por la crítica nacional muy favorablemente, y especialmente con vivo interés por la sudamericana.

En el mismo sentido, en el año 1935, año del centenario de la muerte de aquél prodigioso ingenio de las letras españolas que fue Lope, publicó su "**Lope de**

<sup>3</sup> SAINZ DE ROBLES, F. C. *Ensayo de un diccionario de la Literatura*. Tomo II. Pág. 793 Madrid 1953-1956.

**Vega, semblanza y selección poética**", libro que dedicó al hispanista Carlos Vossler, hombre muy vinculado a la Universidad de Valencia.

Junto a la semblanza de nuestro clásico, se incluía una pequeña antología compuesta por las que él consideraba sus cincuenta composiciones más populares. Se hicieron mil ejemplares, en la imprenta Miguel Juan, de Valencia. Todavía subyugado por la figura del Fenix, dio para el número de agosto de la revista **"La Gaceta del libro"**, un breve trabajo **"Conversaciones de Lope de Vega sobre su sabroso oficio"**. En él, con el enorme respeto de un neófito del periodismo, simulaba tener una imposible entrevista con Lope.

Como ya se ha dicho, en los años que precedieron a la guerra civil se inscribe su obra de juventud que, con toda seguridad, es cuando podemos situar sus trabajos de mayor interés, y donde el artificio de su palabra juega con mayor precisión y soltura. Fueron muchas sus colaboraciones en la larga lista de revistas literarias que florecieron en estos años. Sus creaciones pueden verse impresas en **"Isla"**, **"Noreste"**, **"Literatura"** y otras.

Ochando también creó en Valencia una revista propia, **"Letras"**, editada como suplemento literario de **"Oro de Ley"**. Otra revista fundada por él fue **"Alfil"** (1933), que se imprimió en Casas Ibáñez y de la cual sólo salieron a la venta dos números.

Más que en ningún otro período histórico, los creadores de esta generación apreciaron las evidentes interconexiones entre literatura, pintura, escultura, música, cine, etc. Y, en este sentido, es donde nuestro

personaje participa plenamente de las constantes que marcan su tiempo. Fue grande su interés por el teatro, como también lo tuvo por el cine, hasta el extremo de apostar por lo dibujos animados como un excelente medio de creación y comunicación.

Su interés por las artes plásticas le condujo a profundizar en el estudio de sus estructuras y lenguaje. Destacó como crítico de arte, actividad a la que dedicó una parte nada desdeñable de su producción literaria. Participó con sus trabajos en la revista **"Arte"**, y mantuvo una estrecha colaboración con su director Manuel Abril y otros miembros del grupo de los "ibéricos". Abril, junto con Max -Aub y un amigo común, el pintor Pedro Sánchez -Pedro Valencia<sup>4</sup>, y el mismo Ochando, fueron el alma de la exposición de arte novecentista, celebrada en Valencia, en febrero de 1932.

Su pasión por la literatura le convirtió en un atento observador de los nuevos valores que iban apareciendo en el mundo de las letras y, quizás, fue en la crítica literaria donde más intensamente se manifestó su sensibilidad artística. Colaborador habitual en las revistas **"La Gaceta del Libro"** y **"Hoja Literaria"**,

<sup>4</sup> PEDRO SANCHEZ. Gustaba llamarse Pedro Valencia, nació en Valencia, en 1902. Sus primeros estudios los hizo en la Escuela Superior de Bellas Artes de su ciudad natal, completándolos en la Real Academia de San Fernando, en Madrid. Durante algún tiempo estudió pintura en distintos países europeos. Organizó la manifestación de Arte Joven en 1928 y la Exposición Novecentista de 1932. Siendo Subdelegado de Artes plásticas en Valencia, preparó la Primera Exposición Nacional de Pintura y Escultura. En la Exposición Internacional del Instituto Carnegie de Pittsburg, en 1936, su lienzo "Primavera" obtuvo el tercer premio.

fundada por su gran amigo Enrique Azcoaga<sup>5</sup>, sus opiniones acerca de autores noveles eran muy estimadas en los ambientes literarios madrileño y valenciano, por sus ajustadas precisiones. A esta parcela prestó gran atención y dentro de ella se sitúa la creación del suplemento de **“Oro de Ley”**, ya mencionado. De esta época data su amistad con los poetas Pla y Beltrán, Rafael Duyos, el escritor Gil-Albert y el editorialista, José Félix Tapia.

La guerra civil cortó el hilo conductor de esta generación de escritores. Los largos años de la contienda los pasó Ochoando refugiado en la embajada noruega, en Madrid. Durante su permanencia en ella preparó algunos trabajos que no llegaron a publicarse a causa de la situación en que se encontraba el país. En estos años de destierro en Madrid, la nostalgia por su tierra albacetense se tradujo en unas hermosas páginas escritas con motivo de su feria septembrina, que serían publicadas en el año 1939 en forma de folleto por los editores de la revista valenciana **“Blanco y Azul”**, y muy recientemente, incluido por Juan Bravo Castillo en su **“Narrativa Albacetense del Siglo XX”**<sup>6</sup>.

Pero tres años de guerra es un período suficientemente dilatado para cambiar la fisonomía de toda actividad literaria y artística. Acabada la contienda, de la que nos decía horrorizado *“... haber pasado casi*

<sup>5</sup> ENRIQUE AZCOAGA, Madrileño, Fundó la *“Hoja Literaria”*, Premio Nacional de Literatura antes de la guerra, por su libro *“Linea y acento”*; Permaneció en América desde 1951 a 1963, que regresó para hacerse cargo de la dirección de una empresa editorial.

<sup>6</sup> BRAVO CASTILLO, Juan. *Narrativa Albacetense del siglo XX*. Diputación de Albacete, Albacete 1985. Tomo I. Págs. 125-142.

*tres años cercado de dolor y angustia, con el diario agobio de su destino incierto, en los que el silencio había levantado en mi alrededor murallas altas e inexpugnables...*"; todo parecía presagiar su reincorporación a la actividad literaria. En este sentido, el 30 de abril de 1939, publicó en la revista "**Radiocadena**", de La Coruña, un artículo encabezado con el sugerente título de "**La voz recobrada**", que parecía ser toda una declaración de propósitos por reintegrarse a los quehaceres literarios.

No obstante, su producción literaria se vio frenada tras la implantación del nuevo Estado surgido de la dictadura del general Franco, en cuyos supuestos políticos Andrés Ochando pareció confiar plenamente. Sin que conozcamos las profundas razones que dieron motivo a ello, inexplicablemente, su voz enmudeció repentinamente y nunca más, que sepamos, volvió a salir de su mutismo. ¿Estamos ante un caso más de los que Francisco Fuster llama literatura castellano-manchega del silencio?<sup>7</sup> Fuster, ante la evidente mordaza que sujetó a aquellos hombres, cuyas voces habían destacado pocas décadas atrás se pregunta "*¿Qué es lo que pasaba a estos hombres para ocultar así su "canción" durante tantos años? Porque no se puede decir que cumplieran la consigna dictada por León Felipe, ya que algunos de ellos no comulgaban con las ideas políticas del exiliado, y ni siquiera había, al parecer, razones políticas para el silencio de algunos de ellos...*"<sup>8</sup>. Lo cierto es que la producción literaria de

<sup>7</sup> FUSTER RUIZ, Francisco. *La poesía de Castilla-La Mancha. De las jarchas mozárabes a la generación de 1936*. Trabajo inédito.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

Andrés Ochando, tras la guerra civil, se limitó a la publicación en la prensa nacional de algunas creaciones de cierta altura, aunque la mayoría de las veces su pluma se confinó en la prensa provincial con unos trabajos periodísticos de tipo medio, entre los que sobresalían apuntes de género costumbrista y sentimental, más a la usanza de un humilde gacetillero que a la del fino estilista que se había insinuado en su obra de juventud.

Inútiles fueron los constantes llamamientos de sus amigos, los incondicionales Rafael Duyos, José Félix Tapia, Gil -Albert y el periodista, también albacetense y emparentado familiarmente con él, José Cuartero, para que saliera de su atonía. De nada sirvieron los reclamos, nunca, que sepamos, volvió de su desgana para poner alas a ninguna obra literaria con pretensiones.

*"Estrella de la Mancha y guía de valencianos ciegos..."*, como un día lo definiera su gran amigo el pintor Pedro de Valencia, siempre fue un digno embajador de sus tierras manchegas. Aunque la mayor parte de su vida transcurrió en las luminosas tierras levantinas, en su mirada siempre llevaba presente paisajes mesetarios y pardas llanuras. Toda su obra parece una hermosa parábola de amor hacia su tierra. Cuando se le llamaba su atención ante su insistente mancheguismo, solía repetir la frase de Juan Ramón Jiménez: *"siempre debemos cultivar nuestros alrededores"*. Una prueba de su incondicional mancheguismo nos la ofrece el detalle siguiente: cuando imprimió su pequeño poemario **"Llanuras de mar y tierra"**, lo hizo en la

imprensa de J. Martínez Lahiguera, de Casas Ibáñez, pero no permitió que se localizara el lugar de la publicación en la población ibañesa, sino que la situaba en la región de La Mancha.

Los pueblos albacetenses de Casas Ibáñez y Fuentealbilla se repartieron por igual sus preferencias sentimentales, y a ambos estuvo siempre estrechamente vinculado. En sus calles ensayó sus primeros juegos y a ellos regresaba siempre para lamer las heridas que la desventura y la soledad le imponían.

Murió en Fuentealbilla, la madrugada del día 22 de agosto de 1973, a los sesenta y un años, uno después de haber sido operado en Valencia de una dolencia que volvió a reproducírsele. Sin duda, las palabras que él mismo escribiera para honrar la muerte de su ilustre paisano Don Quijote, pudieran ser válidas para su propio epitafio:

*“Únicamente quedaron las golondrinas de silueta ágil, negra y brillante, describiendo con sus vuelos bajos por las calles del pueblo las palabras de despedida hasta la próxima primavera, en que ya el Hidalgo no podría ir a darles la bienvenida, paseando entre la mies limpia, verde y crecida, porque las paletadas de tierra de amor habían caído ya sobre su cuerpo...”*<sup>9</sup>.

Sus restos descansan en el panteón familiar de los Ochando en Casas Ibáñez.

<sup>9</sup> OCHANDO Y OCHANDO, Andrés. “Muerte ejemplar de Don Quijote y donosa vida de Cervantes”, “Gaceta del libro”. Abril de 1935.



## **EL AUTOR Y SU OBRA**



## ÍNDICE DE PUBLICACIONES

La obra literaria de Ochando podemos clasificarla en cuatro apartados: A) Obra mayor, conocida. B) Colaboraciones para la prensa. C) Como editor y director de publicaciones. D) Escritos inéditos o no conservados.

### A) Obra mayor, conocida.

Escrita toda ella antes de 1936. La integran:

**“Arco de Pasión (Las siete palabras)”**, 1932.

Este pequeño poemario nos ofrece siete poemas en prosa, interpretación lírica de las siete palabras del Rabbi. Cada palabra tiene su coloración y su conjunto conforma el arco iris. Edición particular, impresa en Casas Ibáñez, en la imprenta de José Martínez Lahiguera.

**“Llanuras de mar y tierra”**, 1933.

Libro de poemas en prosa. Lo mismo que el anterior, se hizo una edición particular en los talleres de J. Martínez Lahiguera de Casas Ibáñez.

**“Baladas del Quijote”, 1934.**

Es una recreación de algunos de los pasajes más universales de la gran novela de Cervantes. En ellos, Ochando trata de incorporar aquellas pinceladas de poesía que él hubiese querido encontrar en el texto cervantino. Edición de 500 ejemplares. Número 4 de la PEN Colección. Imprenta Galo Sáez. Madrid.

**“Lope de Vega. Semblanza y selección poética”, 1935.**

Biografía muy personal del Fénix, seguida de una selección de poemas populares entresacados de su obra. Edición de 1.000 ejemplares, a cargo de Miguel Juan. Imprenta de Jesús Bernes.

**B) Su obra periodística.**

Es, sin duda, la más abundante. Fueron innumerables sus colaboraciones tanto para periódicos y revistas de difusión nacional, como para la prensa provincial y local. Así mismo, abundaron sus trabajos para programas de feria, falleros y otras publicaciones conmemorativas u ocasionales. Esta parcela de su actividad está compuesta por artículos, crónicas y reseñas, escritos entre 1923 y 1972. Hemos podido documentar los siguientes títulos:<sup>10</sup>

<sup>10</sup> De algunas de las colaboraciones periodísticas indicamos solamente el mes y el año, por tratarse de ediciones ocasionales o conmemorativas.

AÑO	PUBLICADO EN	TITULO
1923-24	«La Flor del Mes», periódico inf. manuscrito	
3- 9-1926	«La Voz del Distrito» (Casas Ibáñez)	La Feria de este año.
17- 8-1928	Idem	Noches valencianas.
17- 8-1928	Idem	Animación
24- 8-1928	Idem	La Feria de Tarazona
30-11-1928	«Oro de Ley» (Valencia)	Crónica de la Academia de Literatura y Declamación
11-1928	Idem	Del momento
1-1929	Idem Extraord.	Crónica del día de Reyes.
28- 2-1929	Idem	Via-Crucis.
J. Sto. 1929	«Diario de Valencia»	Jesús encuentra a la Verónica (VI estación)
31- 3-1929	«Oro de Ley»	Crónica de las Fallas
30- 4-1929	Idem	Vicente Medina
30- 4-1929	Idem	Exposición de los estudiantes católicos
4-1929	Idem	Crónica a vuelo pluma
7-1929	Idem	De actualidad.
18- 3-1931	«El Liberal» (Murcia)	Llegó el poeta.
2- 4-1931	«La Verdad» (Murcia)	La Dolorosa
3- 4-1931	«El Tiempo» (Murcia)	Valencia en Murcia
8- 4-1931	«La Verdad»	Los films de dibujos sonoros
10- 4-1931	Idem	La Patrona de Valencia
19- 5-1931	«Las Provincias» (Valencia)	Los conventos solitarios
31- 5-1931	«La Verdad»	Sierra Espuña
2- 4-1931	«Las Provincias»	Aromas de Dolor. (También publicado en «El Tiempo»)
9- 7-1931	«La Verdad»	Impresiones de Torreveja
12- 7-1931	Idem	El cristal de las aguas
15- 7-1931	Idem	Radios Square
16- 7-1931	Idem	Promesas de fiestas

AÑO	PUBLICADO EN	TITULO
18- 7-1931	«La Verdad»	Viejo preludio de fiestas.
19- 7-1931	Idem	Rutas azules.
21- 7-1931	Idem	Rocas encantadas.
22- 7-1931	Idem	Miradores frente al mar.
23- 7-1931	Idem	Compás de espera.
28- 7-1931	Idem	Veleros dispersos.
30- 7-1931	Idem	Fiestas paralelas.
31- 7-1931	Idem	El avión del amanecer.
31- 7-1931	Idem	Mirando al mar.
4- 8-1931	Idem	Farolillos en la ribera.
6- 8-1931	Idem	Las hormigas del mar.
7- 8-1931	Idem	Figuras de mujer.
8- 8-1931	Idem	Aspirina City.
21- 8-1931	Idem	Estampas de la «Festa» de Elche.
22- 8-1931	Idem	El Misterio de Elche.
23- 8-1931	Idem	Luciérnagas en el mar.
14- 8-1931	«Las Provincias»	La Alborada
18-12-1931	«El Defensor de Albacete»	La Primera crisis de la República Constitucional
Del 16-2 al 16- 3-1931	Diversas publicaciones valencianas	Crónicas en torno a La Exposición Novecentista.
Primav. 1933	«Noreste»	El niño de la naranja.
Febrero 1933	«Hoja Literaria»	Baladas del Quijote.
16- 2-1933	«La Correspondencia de Valencia»	Exposición de Arte Novecentista I. Inauguración
18- 2-1933	Idem	Expo. Art. Nov. II. Tres maestros.
22- 2-1933	Idem	Expo. Art. Nov. III. Valores negativos. Nuevos Valores positivos.
25- 2-1933	Idem	Expo. Art. Nov. IV. Cataluña en la Exposición
27- 2-1933	Idem	Expo. Art. Nov. V. Recorrido general.

AÑO	PUBLICADO EN	TITULO
11- 3-1933	«La Correspondencia de Valencia»	Arte y naturaleza o la puerta del Arco Iris.
16- 3-1933	Idem	Servidumbre de la pintura.
17- 2-1933	Idem	Desde mi ventanal.
18- 2-1933	Idem	Hoja literaria.
10- 3-1933	Idem	Noroeste.
15- 3-1933	Idem	La condesa de Noailles.
21- 3-1933	Idem	John Galsworthy.
3-1933	Idem	Eugenio D'ors.
30- 3-1933	Idem	Juan Ramón Jiménez.
12- 5-1933	Idem	Juan Gil-Albert.
18- 5-1933	Idem	Alejandro Gaos.
7- 6-1933	Idem	Pla y Beltrán
16- 6-1933	Idem	Rafael Duyos.
3-1933	«Alfil»	La Mancha, esclavitud y tierra.
22- 7-1933	«Las Riberas del Eo» (Ribadeo)	La siega.
17- 8-1933	«La Correspondencia de Valencia»	Quinta salida de Seral y Casas. Del amor violento.
1-11-1933	Idem	Jóvenes revistas de España. Isla.
15- 6-1934	«La Voz del Distrito» (Casas Ibáñez)	El «distinguido escritor» y el «joven diputado».
3- 4-1935	Idem	Cartas políticas a un amigo I.
22- 4-1935	Idem	Cartas políticas a un amigo II.
4-1935	«Gaceta del Libro» (Valencia)	Muerte ejemplar de D. Quijote y donosa vida de Cervantes.
2- 8-1935	«El Mercantil valenciano» (Valencia)	Semblanza biográfica y desordenada de Fray Félix Lope de Vega y Carpio.
31- 8-1935	«La Voz valenciana»	Conversaciones de Lope de Vega sobre su sabroso oficio.
8-1935	«Gaceta del Libro»	Conversaciones de Lope de Vega sobre su sabroso oficio.
30- 4-1939	«Radiocadena» (Coruña)	La voz recobrada.
5-1939	«Blanco y Azul» (Valencia)	Oración de la Virgen de los Desamparados.

AÑO	PUBLICADO EN	TITULO
22- 7-1939	«El Alcázar» (Madrid)	Crónica sobre la I Exposición Nacional de Pintura y Escultura en Valencia.
9-1939	«Blanco y Azul»	Albacete. Ferial Manchego. Emociones y recuerdos en cuadros.
19- 8-1940	«El Alcázar»	Toldos en el Manzanares.
19- 8-1940	Idem	Critica de la película «De una misma sangre».
20- 8-1940	Idem	Palma de agua en domingo.
23- 8-1940	Idem	Cuando Trostky pasó por España.
24- 8-1940	Idem	El Cardenal (Gomá), yacente.
27- 8-1940	Idem	247 padres escolapios han caido asesinados.
1944	«Mediterráneo»	«Umbral de Otoño».
12- 6-1944	Idem	Pedro de Valencia.
8-11-1944	Idem	La hora del alba.
3-1944	«Acción» (Valencia)	Recuerdo de Gabriel Miró.
12-1944	«Piedad y Letras» (Valencia)	Mi meditación.
2- 2-1945	«Albacete»	Vicente Novella.
3-1945	«Semana Santa» (Albacete)	Semana Santa manchega.
24- 5-1945	«Albacete»	Itinerario sentimental de las calles de Albacete.
26- 4-1945	Idem	Francisco Lozano.
20- 6-1945	Idem	Poesía en tono menor.
2-1945	«Rev. Correos y Telecom.» (Valencia)	Valencia, repertorio de elogios.
3-1945	«Fallero»	Evolución y elogio de las Fallas.
9-1945	«Albacete y su Feria»	Don Quijote y Albacete.
2- 3-1946	«Albacete»	Pedrarías Dávila.
3-1946	«Libro Oficial fallero de Valencia»	Temas falleros con variaciones.
3-1946	En Valencia	Programa de la exposic. del pintor José Nogales.
4-1946	Programa de S. Santa (Albacete)	Pasa el Cristo en la noche de Primavera.
6-1946	«Piedad y Letras»	Cuatro postales de Mallorca.
7- 9-1946	Extr. «Albacete»	Las ferias que se mantienen.

AÑO	PUBLICADO EN	TITULO
1-10-1946	«Albacete»	In memoriam, José Cuartero o la vocación.
4-1947	«Semana Santa» (Albacete)	Sonata al Monumento.
4-1949	Idem	Luminosidad del Domingo de Pascua
9-1956	Fuentealbilla	Palabras de despedida al Santísimo Cristo del Valle
7- 9-1961	«La Voz de Albacete»	La Feria acompañada
8-1962	«Programa de Feria» (Casas Ibáñez)	Noticias de Casas Ibáñez de hace 115 años.
7- 9-1962	«La Voz de Albacete»	La Feria y los festivales.
8-1963	«Programa de Feria» (Casas Ibáñez)	La Feria otra vez.
8-1964	«Programa de Feria» (Fuentealbilla)	Noticias de Fuentealbilla de hace cien años.
6- 5-1964	«La Voz de Albacete»	Mayos de Fuentealbilla cantados por Villamalea
8-1964	«Programa de Fiestas» (C Ibáñez)	El día de San Agustín en Casas Ibáñez.
7- 9-1964	«La Voz de Albacete»	La Feria al compás de los años.
21- 8-1965	«Escenarios» (Valencia)	La Feria de Casas Ibáñez.
8-1965	«Programa de Fiestas» (Fuentealbilla)	Fuentealbilla (su escudo).
9-1965	«Feria» (Albacete)	Reunión en Fuentealbilla
8-1965	«Programa de Feria» (Casas Ibáñez)	El Escudo de Casas Ibáñez.
26- 9-1965	«Las Provincias»	El Cristo yacente de las dominicas de Valladolid
7- 9-1965	«La Voz de Albacete»	La Feria desde la embajada noruega
7- 9-1965	Idem	La caseta del Ayuntamiento.
8-1967	«Programa de Feria» (Casas Ibáñez)	La Feria de las carrozas
8-1969	Idem	Una Feria extraordinaria.
9-1969	«Programa de Feria» (Fuentealbilla)	Fuentealbilla 1969
8- 2-1970	«Las Provincias»	Recuerdo de José Félix Tapia.
22- 2-1970	«Levante» (Valencia)	La Mancha, traspasada de Benjamín Palencia.
27- 2-1970	«La Voz de Albacete»	La Mancha, traspasada de Benjamín Palencia
9-1970	«Programa de Feria» (Fuentealbilla)	Fuentealbilla a través de los siglos
9-1970	«Programa de Feria» (Casas Ibáñez)	La torre de la Iglesia de Casas Ibáñez
15-11-1970	«Las Provincias»	De Pedro Sánchez a Pedro Valencia
8-1972	«Programa de Fiestas» (Casas Ibáñez)	La Feria en crisis.
20- 2-1972	«Las Provincias»	Genaro Lahuerta.

### C) Andrés Ochando como editor y director de publicaciones.

Además de ser frecuente encontrar su firma entre las páginas de las revistas literarias más prestigiosas que florecieron durante la tercera década del siglo, también fue patrocinador y director de algunas, como **"Letras"** (1930), suplemento literario de la revista valenciana **"Oro de Ley"** del que solamente salió a la calle un ejemplar. Le prestaron sus firmas Eduardo Carles Blat, Ramón Mas y Ros, Rafael de Balbín, Pascual Lull y la del propio Ochando.

También fue fundador de **"Alfil"** (1932-1933). Salió a la calle dos números, uno de la revista y el otro del noticiero. Para ambos escribieron Ramón Mas y Ros, Alejandro Gaos (habituales colaboradores de la revista **"Noreste"**), el poeta Rafael Duyos, con quien le unía una gran amistad, Juan Gil-Albert y el mismo Ochando. Se imprimieron en la imprenta Martínez Lahiguera, de Casas Ibáñez.

Así mismo, fue codirector de dos números extraordinarios de **"Oro de Ley"**; el primero, un monográfico sobre el Romanticismo -1930-, en colaboración con Felipe Peñalosa, y el segundo con M. Marqués **"Homenaje a Aparisi y Guijarro"**. Los dos fueron editados en Valencia, en los talleres de Tipografía Moderna.

### D) Escritos inéditos o no conservados.

Parece existir un volumen importante de producción literaria que nuestro autor no consideró conveniente dar a la imprenta. Como resultado de nuestras

pesquisas en torno a ella, hemos podido recuperar algunos trabajos escritos entre 1935 y 1937 y que no pudieron salir a la luz debido a los excepcionales acontecimientos que se estaban desarrollando en el país.

Los manuscritos conservados son:

Del año 1935 hemos podido rescatar **“El llevador de corazones”**, un cuento romántico y dulzón con abundante contenido simbólico. Del mismo año son **“Idilio en la playa”** y **“Asesinato del sillón”**<sup>11</sup>.

1936 fue el centenario del nacimiento de Bécquer, conmemoración para la que estuvo trabajando intensamente. Su aportación a dicho acontecimiento se materializó en una semblanza del poeta **“Gustavo Adolfo Bécquer, 1836-1936”**, en la que los verdaderos protagonistas son algunos motivos de inspiración becqueriana, las ciudades en las que vivió el poeta y las mujeres que cincelaron su vida. El trabajo no pudo publicarse debido al desarrollo del conflicto y, años después, Ochando no lo consideró conveniente al haberse perdido la razón de su oportunidad.

También de 1936 son **“Dos encuentros con una mujer”** y **“Yo espectador de mi propia boda”**.

En junio de 1936, envió a **“La gaceta del Libro”** un trabajo sobre el escritor aragonés Benjamín Jarnés, que, como ya se ha dicho, fue uno de los que no pudo publicarse al producirse el levantamiento militar.

Del año 1937 son: **“Balada de la cruz azul”** y **“Ginger Rogers y Fred Astaire”**.

<sup>11</sup> Queremos expresar nuestro agradecimiento a sus sobrinos, Roman, Ana y Eloisa Ochando Prior, por las facilidades que han prestado a nuestro trabajo.

Del 1938 se han podido recuperar algunos manuscritos. Son de gran interés sus **“Cinco glosas a muertos al margen de la guerra”**. De las cinco glosas sólo hemos conseguido rescatar dos: **“La Argentina”** y **“Miguel de Unamuno”**. En la primera de ellas resalta la donosura y la gracia de la bailarina Antonia Mercé **“La Argentina”**, muerta en París en 1936. En la segunda, también escrita en la embajada noruega como las otras, hace una semblanza apasionada de la españolidad de don Miguel de Unamuno, destacando la paradoja de su muerte en los últimos instantes del año en que se inició la guerra civil. Ignoramos el paradero de las tres restantes.

Del mismo año son también dos poemas en prosa titulados **“Flor de soledad”**, **“Diario de otoño”** y un ramillete de 12 poemas, cuyo conjunto conformaba **“Tiempo de primavera”**<sup>12</sup> y que ignoramos si llegó a editarse. En esta última, la fantasía y la añoranza del autor se deja llevar a otras épocas más felices donde las sensaciones amorosas todavía eran posibles en primaveras de libertad. Contaba para su portada con una ilustración de José González Ubieta.

Terminada la guerra, se retiró a Casas Ibáñez buscando el amparo de su familia. En esos días escribió **“Pequeñas historias con moraleja”**, que como puede deducirse por su título, se trata de un conjunto de cuentos escritos con pretensiones moralizantes, que no llegó a dar a la imprenta, y cuyo manuscrito original se ha conservado.

<sup>12</sup> Debemos agradecer a nuestro buen amigo Pedro Muñoz Pérez, el préstamo de este pequeño poemario que prudentemente salvó de la destrucción.

Es abundante la obra de A. Ochando de la que tenemos alguna información pero que actualmente está perdida. Particularmente interesante parece ser su trabajo **“Y entonces... (Evocaciones musicales)”**, escrito en los años anteriores al levantamiento militar. En él se propuso hacer una interpretación lírica de célebres piezas musicales. Que sepamos, sólo llegó a concluir tres de ellas: **“Granados compone la serenata Goyescas”**, **“Bretón compone la Verbena de la Paloma”** y **“Ravel compone Pavana a una infanta difunta”**. De las once que tenía previsto escribir, dejó ocho sin terminar: **“La Obertura de Tanhausser, de Wagner”**, **“La Catedral sumergida, de Debussy”**, **“La Vida breve, de Falla”**, **“Sonata Claro de Luna, de Beethoven”**, **“Rapsodia número 6, de Listz”**, **“La Gran Polonesa, de Chopín”**, **“Carnaval, de Schumann”** y **“Ave María, de Schubert”**. Al menos, no hemos hallado ningún rastro que nos lleve a ellas.

**“Vislumbre de Toledo, poemas y leyendas”**, obra de claras influencias bequerianas. Estaba estructurada en dos partes diferenciadas. La primera compuesta por un bloque de poemas que llevaban por subtítulo **“Poemas toledanos”**, y una segunda parte narrativa, integrada por cuatro leyendas, que Ochando enmarcaba en un Toledo casi mágico. Sus nombres eran: **“La Leyenda de los ojos verdes”**, la única que hemos podido rescatar; las restantes: **“La Leyenda de San Juan de Viñas”**, **“La nueva leyenda de la Virgen de los alfilericos”** y **“La leyenda del desollado”**, actualmente están perdidas.

También terminó una trilogía de poemas en prosa, de los que sólo se ha recuperado uno de ellos, **“Baraja**

**lirica española"**, que fue publicado por el diario "**La Verdad**", el 8 de mayo de 1988.

Así mismo, hemos podido documentar algunos de los proyectos novelísticos en los que estuvo trabajando con gran dedicación en los años inmediatamente posteriores a la terminación de la guerra civil. Sin embargo, no podemos asegurar que los terminara. Todos los testimonios conservados sobre sus planes, parecen indicarnos que se consagró por entero en sacar adelante una novela de ambiente manchego. En ella —desconocemos su título—, pretendía reflejar el tipismo y las costumbres de un pueblo de la Mancha. Sabemos que estaba concebida en cuatro partes que se correspondían con los cuatro ciclos estacionales. El guión de la obra se estructuraba de la siguiente manera:

**1) INVIERNO.**— Fiestas de Navidad. Misa del gallo. Villancicos. Fiesta de San Antón. Juevesladero. Carnavales. Comparsas y máscaras. Fiestas de los quintos. Procesión de la Aurorilla. Veladas en el casino. Labores de invierno.

**2) PRIMAVERA.**— Semana Santa. Procesiones y oficios. Los mayos. Bautizo. Almendros. Riña. La Patrona. Estancia de los ausentes. Moros y cristianos. Labores de primavera. Llanto de viñas.

**3) VERANO.**— Noche de San Juan. Cueva de la mora. Boda. Cencerrada. El ahogado. Ferias. La fea. Labores de verano.

**4) OTOÑO.**— Entierro. El Cristo. Hogueras en el campo. Crimen. Espiritismo. Todos los Santos. Nocturno de la torre. Visita al cementerio. Labores de otoño. Vendimia. Azafrán.

Como puede deducirse, dicha obra parece ser que fue concebida con un marcado rigor etno-antropológico, que hace deseable su pronta localización.

Conforme se fue adentrando la década de los cuarenta, Andrés Ochando fue sumiéndose en una profunda desgana por toda actividad literaria, en cuyo remedio acudieron insistentemente sus mejores amigos, entre los que es justo destacar por su tenacidad al periodista y escritor José Félix Tapia<sup>13</sup>, que siempre le alentó. De poco sirvieron las continuas llamadas a la reflexión con las que sus compañeros trataron de sacarlo de su pasividad, paulatinamente sus inquietudes por las letras se hicieron cada vez más receptivas y menos creativas. Sólo muy de tarde en tarde —casi siempre obligado por compromisos extraliterarios—, tomó la pluma para hilvanar algún artículo destinado invariablemente a publicaciones locales o provinciales.

Nunca perdió su carácter afable y aristocrático.

---

<sup>13</sup> Periodista de *"La Nación"*. Después de la guerra civil pasó a ser redactor-jefe de *"El Alcázar"*. Con su novela *"La luna ha entrado en casa"* obtuvo el segundo puesto en el Nadal -1945-, año en que lo ganó Carmen Laforet.



**LA OBRA DE A. OCHANDO EN  
LA CRÍTICA DE LA ÉPOCA**



La obra de Ochando fue destacada por la crítica de su tiempo, siendo unánime la opinión de que un nuevo y prometedor valor se iba acercando al mundo de la creación literaria.

Entresacamos algunas de las opiniones de la prensa del momento y algunas particulares, sobre los tres poemarios que incluimos aquí.

### ARCO DE PASIÓN

*"No puede Vd. dudar que estoy de acuerdo con su espíritu. Lo estoy igualmente con su letra"*. Carta personal de Armando Palacios Valdés a A. Ochando.

\*\*\*

*"Recibimos su opúsculo "Arco de Pasión" muy original de concepción y honda y finamente sentido"*. Carta personal de S. y J. Alvarez Quintero al autor.

\*\*\*

*“Por hablarle largamente de ésto (referido a “Arco de Pasión”) he venido retrasándome. Pero la carta larga llegará y con ella mi confianza de poder contar con un buen escritor para lo sucesivo... que buena falta nos hace”.* Carta personal de Benjamín Jarnés.

\*\*\*

*“Simpática, muy simpática publicación esta de Andrés Ochando. Por las hojitas sueltas recogidas dentro de una pequeña cubierta y también –más quizá– por lo que en ellas se imprime: emoción sutil, atisbos líricos. A través de las siete palabras, siete exaltaciones en los siete colores, de un arco iris, de un arco pasional de este poeta”<sup>14</sup>.*

\*\*\*

*“En un cuaderno de factura breve y pulcra, Andrés Ochando, levantino desorbitado por el dolor de una ausencia sin retorno, ofrece siete poemas en prosa, interpretación lírica de las siete palabras del Rabbi.*

*Cada palabra tiene su coloración, y todas nucleas el arco iris con que el creyente Ochando, poeta algarañado y multicolor, obsequia a sus amigos tras la tormenta que empañara su espíritu”<sup>15</sup>.*

\*\*\*

*“Nuestro estimado amigo y comprovinciano Don Andrés Ochando y Ochando ha tenido la atención,*

<sup>14</sup> En *“Hoja Literaria”*, Madrid, Febrero de 1933.

<sup>15</sup> En la revista *“Noreste”*, Zaragoza, Invierno de 1933.

*que mucho le agradecemos, de enviarnos "Arco de Pasión" que ha publicado en forma muy original, acreditando su buen gusto, donde comenta con profundo sentimiento cristiano y en depurado estilo literario las siete palabras de Cristo en la Cruz"*<sup>16</sup>.

### LLANURAS DE MAR Y TIERRA

Su segundo poemario, en el que la pluma del autor es inseparable del dibujo y del color, fue generosamente destacado en la prensa madrileña y levantina. Como muestra, seleccionamos algunos de los juicios críticos:

*"Poesías en prosa, pudiera subtitularse este libro del joven literato Andrés Ochando. Son, efectivamente, visiones poéticas del mar y de la tierra, concebidas sin nexo común, respondiendo a estados de ánimo y a las reacciones de un espíritu hipersensible. El poeta contempla los diferentes espectáculos que le brinda el mar y el campo, la playa y el bosque. Y de cada visión dibuja un cuadro en el que no se sabe que admirar más, si la fastuosidad policroma de la pintura, o los atisbos filosóficos de las deducciones"*<sup>17</sup>.

\*\*\*

*"Publicó Andrés Ochando un libro poético, titulado "Llanuras de Mar y Tierra". Utiliza la prosa como vehículo de una juvenil y ya serena poesía, enamorada*

<sup>16</sup> Diario "El Defensor de Albacete". Albacete, martes 7 de marzo de 1933. N.º 9.444.

<sup>17</sup> En "A. B. C.", 5 de julio de 1933. N.º 9.406.

*mucho más de las cosas que de los hombrés. De las cosas no ciertamente inanimadas, sino vivaces, en trance expresivo —a veces de una tan primorosa como exacta expresión. Libro de extrema juventud, que responde fielmente a la edad en que fue escrito. Y a un sentido poético de la mejor especie. Benjamín Jarnés*<sup>18</sup>.

\*\*\*

*“Ochando, manchego en Levante, ha saltado brioso y decidido del estatismo observador al dinamismo literario más halagüeño y vario, y, a decir verdad, juzgando por la calidad de este último libro, con paso firme y rápido. En “Llanuras de Mar y Tierra” nos ofrece unas prosas pulcras vestidas con ropaje rico, saturado de un juguillo clásico, que en contraste con la construcción cautamente novedosa, presta al libro un encanto inimitable”.* Seral y Casas<sup>19</sup>.

\*\*\*

*“A los nombres de una escasa veintena de interesantes escritores valencianos, seleccionados por nosotros con permiso de los de concurso y flor natural, hemos de asociar públicamente el nombre de Andrés Ochando. Conocíamos de él “Arco de Pasión”, colorista, siete palabras compuestas al borde de la muerte de Cristo. De la Mancha, si vestidas con espumas y azules de fondos levantinos, nos llegan hoy estas “Lla-*

<sup>18</sup> En “Luz”. Madrid. Miscelánea editorial. 11 de julio de 1933.

<sup>19</sup> “La Voz de Aragón”. Zaragoza, 22 de julio de 1933.

nuras de mar y tierra", libro por su extensión de más vastas preocupaciones...". Enrique Azcoaga<sup>20</sup>.

\*\*\*

"El pequeño poema murió, casi se apagó en España víctima de sus propias culpas. El libro de Ochando no es más que eso. El comienzo del paréntesis que encierra la nueva vida —que quiera Dios que sea larga— del pequeño poema en prosa". R. Manzano<sup>21</sup>.

\*\*\*

"Este libro de Andrés Ochando es plástico, bellamente descriptivo... "Ochando, influido por Miró, es paisajista, y el día que logre afilar su prosa y concentrar sus emociones, llegará sin duda a ser un excelente lírico. Es ya, sin embargo, Ochando, un valor positivo entre los jóvenes y desde este plano lo criticamos". Sánchez Barbudo<sup>22</sup>.

\*\*\*

"Considero que esta producción de Andrés Ochando es hija meramente de la íntima necesidad y ambiente que está rodeado, siendo verdadera promesa —y no a largo plazo— de otras que la superen bajo todos los aspectos, especialmente en lo referente a la personalidad que como escritor fácil y emotivo muestra ya

<sup>20</sup> En "Luz". Madrid, 2 de Agosto de 1933.

<sup>21</sup> En la revista literaria "Eco", nº 4. Madrid de 1933.

<sup>22</sup> En "Hoja Literaria". Junio-julio de 1933.

*en este primer libro con marcada tendencia y desahogo*". Pla y Beltrán<sup>23</sup>.

\*\*\*

*"En todas ellas se acredita el señor Ochando de excelente escritor, pues evoca con gran brillantez los distintos paisajes y las distintas escenas que han impresionado su sensibilidad. Por todo ello el libro se lee con gusto"*<sup>24</sup>.

### BALADAS DEL QUIJOTE

"**Baladas del Quijote**", con toda seguridad su mejor obra, fue publicada en la **PEN Colección**, en 1934. Dicha colección era una publicación complementaria a la revista "**Literatura**", de la que era colaborador habitual. En torno a esta revista se agruparon un grupo de jóvenes escritores (Ricardo Gullón, Idelfonso Manolo Gil, Gerardo Diego, Ramón J. Sender y otros) que pretendían abrir nuevos caminos a la creación literaria. Las "**Baladas**" fueron el cuarto número de la **PEN Colección**. Los tres primeros habían sido: "**San Alejo**", de Benjamín Jarnés, "**Fin de Semana**" de Ricardo Gullón, cofundador de la revista "**Literatura**" y "**Meditaciones políticas**", de Angel Sánchez Rivero.

Ochando trasladó a esta nueva edición algunas de las baladas que ya había incluido de su libro anterior, "**Llanuras de mar y tierra**", del que, como ya se ha di-

<sup>23</sup> En "*La Voz Valenciana*", pág. 7. Valencia, 26 de Junio de 1933.

<sup>24</sup> En "*La Correspondencia Valenciana*". Valencia, 1933.

cho, hizo una corta edición a sus expensas, y fuera de venta. Las completó notablemente para darlas a la imprenta e incluirlas en este nuevo título. En su prólogo, Ochando nos adelanta que si bien el género balada hace referencia a una composición poética sujeta a una métrica y temática determinada, él prefiere desvirtuar dichas reglas rompiendo con la tradición pastoril, descarnando a las suyas de toda medida versificadora y conservando en ellas sólo su encendido contenido lírico. Por lo tanto, nuestro autor toma el barro primigenio de este género para modelar con él figuras únicamente subordinadas a su capricho creador y sin atender para nada a modelos preestablecidos.

Las "**Baladas**" de Andrés Ochando toman como punto de referencia la gran novela cervantina, en un intento de recrear algunos de sus más universales pasajes. Esta es la característica fundamental que destacaron los críticos de la época.

José López Prudencio lo destaca así en **A.B.C.:**

*"Sus baladas son sugerencias inspiradas por la lectura, en que el escritor evoca los episodios de la epopeya cervantina con episodios de remembranza evocadora, en que se plasma la impresión que produjo la lectura en la imaginación viva del lector emocionado..."*<sup>25</sup>.

También Almela y Vives, pone de relieve este detalle:

*"Esto contribuye la materia del repetido libro de Andrés Ochando, quien partiendo de estos datos, re-*

<sup>25</sup> En "A.B.C.", 26 de diciembre de 1934.

*construye o, mejor dicho, revive las escenas quijotes-  
cas o cervantinas (todo es uno y lo mismo) y las ofrece  
al lector sin ánimo de réplica, sin propósito de conti-  
nuación, sin proyecto de mimesis, tan sólo como unas  
glosas llenas de emoción ya que el autor seguramente  
no se ha propuesto una labor de taracea o de tapicería,  
sino una demostración de fervor a través de un tempe-  
ramento*"<sup>26</sup>.

En su intento de completar el texto cervantino, Andrés Ochando se detiene muy especialmente en el paisaje, un paisaje manchego que él conoce y ama, y que por obra y gracia de su pluma, pasa a convertirse en el verdadero protagonista de "**Las Baladas**", reemplazando a los personajes. Sus grandes panorámicas, casi azorinianas, descritas con una sensitiva prosa luminosa, son las que le dan su verdadera unidad argumental a la obra. La paleta de su amigo Benjamín Palencia, ronda constantemente por los contornos de la pluma de Ochando.

Y es precisamente el tratamiento del paisaje el aspecto más interesante que destaca la crítica de su tiempo:

*"... vemos a Ochando que, inquieto, impaciente acaparador de paisaje, salta de una a otra impresión sin la suavidad necesaria para no perder la anterior, y si con la rapidez de envite de una cámara fotográfica, que nos obliga a ver la llanura manchega como fragmentada en bellos primeros planos de una película no exentos de poesía..."*. Eugenio Mediano Flores<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> En "*La Correspondencia de Valencia*". Valencia, 28 de marzo de 1935.

<sup>27</sup> "*La Correspondencia Diplomática*". Valencia, Noviembre de 1934.

Así mismo, José Félix Tapia, crítico literario del diario monárquico "**La Nación**", en su sección "Libros", resaltaba también esta característica del tratamiento paisajístico que hace Ochando.

*"Pero el paisaje, que al agrandarse toma proporciones de primer término, como para ser motivo argumental que pudieran reflejar ahondamientos simbólicos, la serenidad contemplativa del autor no transmite médulas raciales. Reproduce rectamente sus caminos rectos y vertical la flora agostada de sus campos extensos..."*

*Bien es verdad que el propósito del narrador es de pintura exclusivamente, y ésta se ha conseguido. La imagen, exacta siempre, trae toda la verdad artística del terreno medido por el agrimensor de la pluma. Y hace de nosotros, caminantes contemplativos y absorotos, que no han menester la silla de enea..."*<sup>28</sup>.

Como queda reflejado por lo dicho anteriormente, a Ochando no le interesa conseguir la unidad argumental mediante la trama de los personajes de la obra cervantina; por el contrario, da a los personajes un tratamiento de ficción con el que consigue superar el ámbito de lo narrativo. El destino de cada uno de ellos es conducido, contra su propia voluntad, de la mano enamoradora, triste, indolente o nostálgica, que inspira el estado de ánimo del autor. Sus personajes, por tanto, no tienen una vida propia que pueda despegarse de la capacidad creadora de quien los crea.

Su afilada sensibilidad, salva el difícil trance que se propone al tratar de complementar la más grande obra

<sup>28</sup> "La Nación", nº 2.752. Madrid, 24 de Octubre de 1934.

escrita en lengua castellana. Con su prosa lírica, sonora y llena de color, consigue, si no brillar con la intensa calidad de los frescos cervantinos, al menos sí que nos deja prendidos de los reflejos que sus espejismos producen.

**José Manuel ALMENDROS TOLEDO**

ANDRÉS OCHANDO

# ARCO DE PASIÓN

(LAS 7 PALABRAS)

LA MANCHA  
1932



**DEDICATORIA:**  
**AL RECUERDO VIVO DE MI MADRE**



## De la Primera palabra que habló el Señor en la Cruz

*«Jesus autem dicebat: Pater  
dimitte illis, non enim sciunt  
quid faciunt.»*

*(Luc. XXIII, 34).*

### LA PALABRA ROJA...

Hacia apenas un momento que levantaron la Cruz, rasgando el aire azul, del Mediodía israelita, y dejando en él, una ancha herida negra de pino.

De los labios rojos del Crucificado, salieron las palomas encarnadas de amor, de sus palabras de perdón.

Rojo encendido, goteante y siniestro, el de las des-holladuras de pies y manos, mostrando el diamante negro de los clavos, que traspasaban la piel, en un lacerante camino, de venas rotas y carne florecida de llagas vivas.

Caía gota a gota la sangre, en un discurrir sereno y tranquilo, sobre el mármol de la carne, sudorosa de polvo, terrosa de salivas y barro.

La palabra primera, roja de color, encendida de pólvora, saltó en una explosión suavemente venturosa.

El Sol, al llegar al cenit, encendía también en fuego y llamaradas sangrientas, los suavecillos caminos que se divisaban, desde aquella atalaya –roja viva– del Calvario<sup>29</sup>.

<sup>29</sup> Queremos agradecer a nuestra buena amiga M<sup>a</sup> Nieves Martínez Valiente, el préstamo de esta obra para su publicación.

## De la Segunda palabra que dijo el Señor en la Cruz

*«Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi hodie mecum eris in Paradisso».*

*(Luc. XXIII, 43).*

### LA PALABRA ANARANJADA...

Ya el amargor rojo de aquel cuerpo lacerante de púrpura, se iba tornando dorado.

De un color de naranja y miel.

De una de las Cruces de al lado, había brotado un arrepentimiento.

Tardío, pero cierto y sereno de dolor.

El Buen Ladrón, aquel que sabía del frescor de los hierros de la ventana de la prisión, cuando en noches calurosas, acercaba su faz enfebrecida y caliente de piojos a ella, para arrancarle al cielo con la mirada, un poco de azul de hielo, un trozo de lucero, un cacho de estrellas.

Las lágrimas que corrían por su rostro moreno y ardiente, ahora en este Mediodía de Crimen Humano, resbalando fueron a caer al corazón del Rabbi.

Este, haciendo un esfuerzo, entornó sus ojos, con los párpados desgarrados de espinas, punzantes de pestañas, y le sonrió. *Hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

El Sol seguía su carrera anaranjada y veloz.

## De la Tercera palabra que manifestó el Señor en la Cruz

*«Cum vidisset ergo Jesus, Matrem et Discipulum, stantem quem diligebat, dicit Matri suae: Mulier, ecce filius tuus: deinde dicit discipulo. Ecce mater tua».*

*(Joann. XIX, 27).*

### LA PALABRA AMARILLA...

Redondo, inmenso, dorado, inmóvil por un segundo, el Sol lloró su luz, que fue a dar en las mejillas, sin lágrimas ya, ni color de la Virgen María.

Todo el cuerpo del Crucificado, se crispó y se retorció de dolor.

Hubo una pre-agonía, rápida, amarilla de fuerzas caídas.

Se oyó el crepitar de los huesos en las rodillas descoyuntadas, con hoyos cuadradamente negros, llevando las huellas del martillo, comprado en el Mercado del Viernes de Jerusalén.

Lívido, arrugado de pena, pendía el Rabbi en la Cruz.

Amarillo y Negro, colores de luto y dolor.

Palabras amarillas también, de testamento de agonizante, con apremios de vómitos de sangre, por las fauces entreabiertas y reseca. Al pie de la Cruz, una Madre, con todo su ser como maltrecho de palos de nieve, y con su corazón traspasado por Siete Espadas de estrellas.

Y la faz cadavérica con livores y resplandores de muerte del Discípulo Predilecto y Amado. Allá a lo lejos en una higuera estéril con la osamenta de sus ramas al aire, la silueta nudosa, toda ella una piltrafa de harapos mordidos y desgarrados de rabia, de un ahorcado. Al pie de la misma un bolsín de malla negro, que había vomitado unos denarios.

Amarillo de oro en la tierra y en las nubes.

Y en las caras de los protagonistas del Crimen de los Siglos.

## De la Cuarta palabra que exclamó el Señor en la Cruz

*«Et circa horam nonam, clamavit Jesus, voce magna, dicens: Eli, Eli lamma Sabactani».*

*(Matt. XXVII, 47).*

### LA PALABRA VERDE...

Poco a poco el horizonte se fue como arrojando en sombras indecisas.

Y de la tierra brotó, como una selva de aire rumoroso, que traía frondas de los granados en flor.

En la Cruz, agudizado el tormento, respiraba angostamente el Crucificado.

El Sol, se había como ocultado, en una franca huida, y de los labios exangües, fueron nacidas al viento, las palabras verdes de súplicas, de amargura humanamente contenida.

Verdes frescos los olivos que conocieran las angustias, de las noches de ayuno y penitencia.

Verde el cielo, como teniendo envidia del mar.

Verdes las ojeras de los ladrones que desmayadamente callaban, en aquel atardecer de Suplicios.

Verde el aire, y las ropas, y las nubes y la luz.

Y hasta de un rosal reverdecido, salieron en compacto batallón, los pétalos vivos de trescientas mariposas verdes, que se colgaron en la atmósfera, sacudiendo un polvillo huertano y recién regado de lágrimas.

*¡Lamma sabactani! Por qué me has abandonado?*

Y al grito que agujereó de alaridos el horizonte, se despertó un lagarto de seda verde que se había quedado durmiendo al sol, y se ocultó entre unos peñascos duros de pesar.

## De la Quinta palabra que suplicó el Señor en la Cruz

*«Postea sciens Jesus, quia jam omnia consumata sunt ut consumaretur Scriptura, dixit: Sitio».*

*(Joann. XIX, 28).*

### LA PALABRA AZUL...

Toda la atmósfera quedó bañada en azul.

Silenciosa, y como acallada de aves y de aire.

Hacia ya muchos años, que al desarrugar los viejos pergaminos en donde se deletreaban las Sagradas Escrituras, en la anochecida del sábado, al cantar, se detenían las voces pensativas, al llegar al pasaje que dice: *Et in siti mea potaverunt me aceto – Y estando yo con sed, me dieron a beber vinagre.*

El crucificado paseó sus ojos azules por el aire, como despidiéndose de él.

En la garganta, intentaron salir las palabras, pero la sequedad, las enronqueció y apagó, y murieron sin saliva.

Y a duras penas pudo el Rabbi exclamar: *¡Sed tengo!*

Sed de mar de Tiberiades.

Sed de agua azul, dormida de curaciones y milagros.

Sed de olas que crujían heladas y como renascidas de espumas y blancor.

Azul la tarde. Y las venas del Crucificado más azules aún.

Como si se condensase todo el color en ellas. Y la esponja emborrachada de vinagre apenas si se resbaló por las aceras de los labios calenturientos, que sorbieron estremecidos la amargura de la hiel, calcinada de soles de Siria.

*¡Sed tengo!*

De azul,

De mar azul,

De tormento azul

De amor azul.

## De la Sexta palabra que suspiró el Señor en la Cruz

*«Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit: Consummatum est».*

*(Joann. XIX, 50).*

### LA PALABRA AÑIL...

Todas las cosas que rodeaban el Calvario se encontraban como medio en sombras.

Como preparando un próximo e ineludible luto.

El azul de la tarde apenas algodónado de algunas nubecillas blancas, se fue como extractándose estéticamente, intensificándose.

Condensándose en jugo, suco vivo y ardiente de incertidumbres y dolores.

Las murallas de la ciudad, los campos, los árboles, hasta el aire se fué empapando y como chorreando color.

Se removió la cabeza del Crucificado para lanzar su palabra añil.

*¡Consumatum est!*

Final próximo ya del FINAL.

La Humanidad yerta y trágica se retiraba.

Mirándose todos –Tropas y Pueblo– las manos como tintadas y bañadas en sangre de una Revolución Homicidamente divina.

Solas, en tríptico de negrura y madera, se erguían las Tres Cruces.

En una, como apagándose la Llama Viva del Rabbi.

En otra desmayado, apenas si respiraba Dimas.

En la última, escupía en el añil del aire blasfemias sonoras.

Gestas el Mal Ladrón, mientras mordía trozos de arrepentimiento estéril y baldío, que le manaban en forma de baba de plata helada, por el labio partido y grueso.

## De la Séptima y última palabra que exhaló el Señor en la Cruz

*«Et clamans voce magna, Jesus ait: Pater, in manus tuas Commendo spiritum meum».*  
(Luce. XXIII, 46).

### LA PALABRA VIOLETA...

Se ennegrecía en el aire la Cruz.

Pesada, inerte, como si muerta en una agonía de madera olorosa.

La atmósfera se entibió de luces y sombras violáceas, como marchita de frío espiritual.

El Crucificado helado ya por los livores de muerte de una estrella infinita, subió la vista al cielo, para beber el último sorbo de luz, y pronunció la palabra violeta, fin de la agonía.

*«¡Padre en tus manos encomiendo mi espíritu!»*

Y todo el Calvario conmovido, se sintió nacer la humildad, y floreció de lirios pasionales y de crisantemos.

Se quebraron las peñas de indignación violácea.

Se desató un huracán moradamente tempestuoso.

Se entenebreció la atmósfera color de violeta.

La Pasionaria entreabrió sus cálices rebosantes de lágrimas.

La Virgen cayó pesadamente al suelo.

Y San Juan bellamente dolorido, acudió en su auxilio.

El cuerpo del Crucificado ya sostenido por dos ángeles de hielo, se distendió por última vez y cayóse pesadamente hacia un lado, rasgándose aún más sus carnes ya sin sangre. El sudor de la muerte destiló su lluvia por los cabellos del Cristo.

Y entonces, en aquel tiempo, rodearon la Cruz una bandada ingente de golondrinas moradas, que subieron por el cielo el manto enlutado, del Atardecer del Gólgota Violeta.

ANDRÉS OCHANDO

*Llanuras  
de Mar  
y Tierra*

LA MANCHA  
1933

## PORTICO

Estas líneas están trazadas en un paréntesis de juventud que se abre en los diez y ocho años y se cierra en los veinte. Quizás sin esta previa aclaración, perderían no su valor –que bien poco es– sino el sitio exacto donde residen, y desde el cual deben ser miradas.

Añado las "Baladas del Quijote" para que se pueda apreciar la línea –ignoro si ascendente o descendente– de una labor sincera.

# **LLANURAS DE MAR**

A Manuel Álvarez González



## **Del sentir del mar**

Verano de 1931



## Y EL MAR PECÓ...

Hoy apareció la arena triste de algas, sucia de estiércol, con los harapos minuciosamente hoscos, de esos pedazos de madera negra, mal oliente, y ese cadáver de un gato gris, de color desvaído, con sus ojos –cristales ensuciados– y esa mueca trágicamente cómica, que dice del maullido licuoso, final de una agonía poblada de ratoncillos traviosos.

Hay huesos de caballerías. Blancos, pulidos, en los que se advierten las huellas finas de los peces antropófagos.

Y hasta ese zapatón informe, que habla de los pies enormemente sucios de un marino francés.

¡Qué asquerosidad!

Y es, que el mar, en esta noche pasada, pecó de luna...

## ALMAS BLANCAS...

Se tienden perezosamente unas nubecillas, como si fueran el humo condensado de un cigarro de corales.

Están estáticas, inmóviles, en espera de ese Juicio Final de la Naturaleza.

El negro de la noche las rodea, custodiándolas.

¡Cuidado! ¡No se vayan a escapar!!

Y yo he creído que son los fantasmas legendarios de las almas en pena, que se esconden en el mar.

Ha habido ratos, en que se asomaban, tras el inmenso cristal –ventanal acuoso– y sus faces cadavéricas, me hacían unos guiños significativos. Mientras tanto las olas, para espantarlas, rezaban sus oraciones de espuma.

Y las nubecillas seguían flotando, como si fueran simplemente prisioneras.

¡Oh, este estatismo agudo de las almas blancas!

## SUEÑOS LUMINOSOS DE MAR...

El mar se ha dormido.

Hubo un momento en que cesaron los ronquidos de las sirenas, lamentándose de su suerte. Y sin embargo, ¡qué infatuadas están de ser las gargantas de los buques!.

El mar, que estaba perezosamente tranquilo, sin pensarlo más, dió unos cuantos movimientos de olas, separó las algas, hierbas y areniscas del fondo, se acomodó como pudo, y se dispuso a soñar.

Luz en sus ojos verdes cerrados.

Luz en sus entrañas negras.

Luz en sus abismales pensamientos.

¡Luz en su corazón rojizamente coralino!

Todo era luz, en sus sueños de obscuridad.

Y como si fuera una mosca pesada, se sacudió una barquichuela atrevida que le molestaba, y la echó a pique.

Una vez hecho ésto, se dispuso a descansar con tranquilidad.

## ALEGRÍAS DE SOL...

La arena se ha empolvado de oro.

Se ha compuesto coqueta.

Se ha quitado de encima la suciedad.

Y se encuentra, fresca, esponjosa, y sonriente en cristal.

Ofreciendo su cuerpo moreno al Sol, que aún no se ha levantado.

Y son esas horas presolares, de una gracia femenina, encantadoramente frágil.

El cielo se ha ido lavando la negrura de la noche en restos, y se va mostrando limpiamente azul, para asistir a las bodas.

Ya va a salir el Amado.

La arena quema –se estremece de aire, amor y de fuego–.

Sale el Sol majestuoso, y en un movimiento feliz, fecunda a su amada.

La inunda de belleza dorada y temblorosa.

¡Alegrías de sol, en estas mañanas recién nacidas!

## AGONÍA DE MAR...

En este atardecer marchito de sol, y de nubes secas, mi alma se ha ahogado en el mar.

No la pude contener.

Sentía esas ansias interiores, inexplicables, y azorosamente combatientes. Y se hundió en el mar lentamente.

Con esa lentitud cansada, de un gotear de sangre, que brota del manantío rojo de la herida.

Se me fue empapando de mar.

Ensanchando sus pulmones invisibles. Repletos de azul y de verde.

Sintió en un momento la hinchazón monstruosa de la eternidad, en su forma líquida.

Y pasó rozando las escamas de plata, de un pescado descuidado y enfermizamente inmóvil.

Poco a poco se me fue a la nada.

Agonía de mar, de un alma incomprendida y lamentablemente ruinosa.

## OASIS Y DESIERTO...

¡Que sola la playa!

¡Que muerto está el pueblo!

Huele el aire siniestro, a cadáveres de casas, con fachadas absurdas.

De una modernidad arrinconada. De escarpate provinciano.

El silencio triste se ha recostado en la arena.

Y quisiera hablar, pero no puede.

Se lo impide la pavorosa negrura de la noche, enigmática y sensual.

En su interpretación de «vamp» perversa, en la 5.<sup>a</sup> parte de un film americano.

De ruidos –sin embargo– está poblado el silencio fosco que nos rodea.

Son imperceptibles casi. Solo los capta el alma sensible, que está destinada a aguardar siempre un «mañana».

Horizontes negros.

Nocturno del mar, sucio y viscoso.

La poesía huyó y queda –en lugar de su oasis– el desierto arenoso, seco y caliente de esta llanura sin fin, que es la monotonía de la vida en un pueblo.

## ATARDECER OBLICUO DE SOL...

Están las nubes apretadas.

Como una muchedumbre, en espera de un falso apóstol de «meeting».

Arrebujadas en gris, apenas dejan entrever, unos rubios cabellos de sol, que flotan al vientecillo fresco de la tormenta.

El color plumizo, apelmaza las sienes y las tortura, con esa ansia de un respirar de madrugadas valencianas.

—Sol y naranjas, sexo y mujer, en el árbol de la vida—.

Indócil e indomable, está bravía la atmósfera que nos rodea, en un abrazo incomprensible, que despierta asquerosidad, que levanta nuestra sensibilidad, al igual que la vista de una úlcera, y unos mancos y cojos en el paseo de la feria negra española.

Atardecer oblicuo de sol, que se destiñe y desangra.

## MEDIO-DÍA...

Las calles inexpresivas de gente.

Los cafés apagados de ruidos.

Y el ronroneo de la tierra, removida de sol y de calor.

Hierve el agua en el mar, con movimientos y sacudidas en las olas levantiscas.

El sol se ha parado en su carrera.

Está bebiendo el rojo vino, que ha de prodigar en su muerte ficticia.

¡Gran histrión! que representa el «Hamlet» todas las tardes ante el aplauso de la «clack» de estrellas, pintores asalariados, amantes, gañanes y pastores.

Hay un gran silencio en el pueblo, que sueña con la indiferencia política.

Solamente un ¡ay! agudo –de virginidad rota– viene a romper el apagamiento de este Medio-día.

# LLANURAS DE TIERRA

Otoño de 1931



## **Del Otoño en la llanura**

**A Benjamin Jarnés**



## ATARDECER DE ESPÍRITU...

Está el cielo sonrojado de hebras de sol triste y soñoliento.

Hay una gran quietud en el aire, y una suave templanza en el corazón.

Los viñedos se extienden en la llanura. Sus hojas, sangrientas unas, y casi secas las otras, amparan los racimos de uva, que la vendimia próxima ha de cortar.

Se delinean en el horizonte las frondas de los pinos, hipersensibles, al menor golpe de aire, rumorosos de verde.

La tierra es yermo. Seca de sed... harta de sol...

El pueblecillo lejano, al comenzar la velada –con las primeras sombras de la noche– se reconcentra en un silencio solemne, y saborea con delectación racial, el gotear sonoro de las campanadas de Ánimas en el espacio inmenso.

## AÑEJOS RAYOS DE SOL...

Está el sol enclavado en el azul –raso de cielo–,  
como una vieja pelucona de oro, estremecida de luz.

¡Añejos rayos de sol!  
que bañan en claridades de oro, las pámpanas de los  
viñedos maduros.

¡Añejos rayos de sol!  
que alfombran la carretera –paseo inmemorial– del  
poblado sereno y tranquilo.

¡Añejos rayos de sol!  
que enfocan los grupos de las mujeres sentadas a sus  
puertas, viendo al aire pasar.

¡Añejos rayos de sol!  
que van a fundir los hierros –retorcimientos de dolor  
artístico– de la vieja casona, albergue de hidalgos.

## VENTA DE LA CARRETERA...

Prismas de oro, atraviesan los ventanales de la posada, surgida en medio de esta carretera polvorienta, y que tiene algo de mesón toledano y de hospedería manchega.

Por el amplio corredor que da al patio del hostal, discurre con su belleza madura y fresca, la mesonera. Con su jarra de barro, limpia y reluciente, en la que rezuma, el vino –sangre de estos viñedos– que infunde alma, vida y calor al caminante.

Se ha llenado la venta de trajinantes.

De carreteros que van a Alcázar, cargados de trigos.

De cómicos de la legua, que vienen de la feria de un pueblo próximo, con sus retablos de marionetas al estilo italiano.

Son los mostachos de un guardia civil.

Los ojuelos húmedos de la trajinadora.

La vestimenta andrajosa de pícaros y lazarillos. La ropilla negra, holgada y sencilla del buen hidalgo. La cola de un traje de una madama de la Corte. Los tobillos finos de la manola de rompe y rasga, que escandalizan a un fraile portador de unas suaves barbas. En un rincón, la guitarra vieja de un ciego. En el techo, las panochas bien colgadas y doradas.

Es el vocear del pastor que pide agua para su calabaza, comida para su zurrón. Es el cabecear del viejo añoso, que al amor de la lumbre caliente sus años, reverdece recuerdos, y narra sucedidos y cuentos de milagro y aparecidos. Es el hervir de la olla. El crepitar de los leños.

Es la estampa –presurosa e internacional– de la venta que descansa a un lado de la carretera, como si ella también hubiera de caminar.

## ERMITA...

Como una paloma blanca, posada en el mar arenoso y seco de la llanura.

Con su campanil, que vibra nítido, en las frías mañanas de la larga invernada —el pueblo está blanco de nieve, aterido de frío, muerto de vida— ò en las claras mañanas primaverales —lágrimas moradas de los lilos, almendros blancos de bodas—, huertecicas nacidas de un verde llorón y tembloroso.

Allí dentro está la Patrona.

Una virgencica pequeña y sonriente, que mira con infantil candor.

La ermita, sencilla y limpia, huele a campo, a quietud y ventura.

Los ex-votos de cera —astrakan de los milagros— llenan las paredes.

Y el viejo santero, cada día muere un poco, al campanear el toque de queda, que al aire esparce y se lleva.

## PLAZA...

Arcadas del edificio vetusto de la Sala. De la casa Consistorial.

Un árbol pomposo, que en verano, se cubre de sombras verdes, que en invierno se arropa de nieve.

Y la portalada de la Iglesia friamente religiosa.

Y la torre que con femenil gracia se levanta hacia lo azul.

Y la vieja esfera del reloj, que va señalando con sus manecillas, la hora de la monotonía –tarde invernal lluviosa. Gotear de canales–, del trabajo –yuntas que labran al amanecer. Lluvia morada de «rosa»–, de las alegrías –el cortejo bullicioso de una boda–, de las tristezas –de la pesadumbre rancia y silenciosa de los entierros (Estríbillo)–.

¡Plazas de los pueblos!

¡Corazones de la multitud edificada de casas!.

Con toda la alegría y el colorido de un cuadro español, típicamente puro.

## PLAZA... 2.<sup>a</sup> parte

### (AMBIENTE DEL MERCADO)

Puestos en el Mercado semanal.

Las banastas, que explotan de verduras húmedamente tiernas.

El puestecillo de churros –caliente y azucarado–.

Las quincallas, con sus telas, abanicos, medias y demás baraunda de cosas.

El vendedor –gitano– de molinicos de viento, con los colores nacionales.

El cacharrero, que cambia las alpargatas –viejas, sucias, usadas– por estas orzicas –limpias, recoletas, sencillas– reflejo fiel del vivir labriego.

Y los decidores de crímenes –inventados y cantados– con la ineludible acción en Cuenca. Se deshacen las voces soñolientas, mientras con el palo señalan los pasajes burdamente pintados, que atraen la ignorante temerosidad de las sencillas gentes.

Grupos de hombres llenan la plaza. Hay pregones –de limpia y cristalina voz–. Hay discusiones –demandas y ofertas–. Conversaciones y risas.

Todos los sonidos se acallan, cuando suena imponiendo silencio al rebullir del gentío, la voz –atenorada y fresca– del pregonero que «echa» un Bando de la Alcaldía.

## DUELO...

Hoy las campanas doblan a muerto. No sé que tienen, pero sus sonidos –fríos metales– llegan al alma.

Son ya las ocho de la noche.

El tenducho de la esquina va a cerrar.

Un farol –luminaria del siglo– abre sus ojos, fija sus luces, en el Retablo de enfrente, apenas alumbrado por un candilejo, que agoniza de aceite, y lanza livores de muerte a la imagen desdibujada.

En aquella casuca, van entrando –presurosamente despacio– silenciosas, con sus tocas negras –parece que son monjas– las mujeres del pueblo.

Está la habitación silenciosa en medio del runruneo de las conversaciones apagadas y tristes. En la alcoba de al lado, casi en sombras, apenas se divisa el cuerpo rígido de la difunta. Y los ayes y gritos de los familiares rasgan el aire –tupido, negro, fosco– que embalsama con olores agrios de muerte la casa.

Hay quien hace «el dibujo» y cuenta alegrías pasadas en un dislocado salto atrás de la imaginación. Se salmodian unas preces.

Al salir, un buho emprende su vuelo tenebroso.

Un hombre del campo va a ver al enterrador.

Doblan las campanas. Hay duelo en el pueblo.

## FUENTE...

Corazón líquido de la plazuela.

Centro y vértice.

Ángulo facial de la cotillería y chismorrería del barrio.

Con su risueño gotear, parece que se suma a las conversaciones que alrededor de ella nacen, como crecen esas hierbecillas, insignificantes y verdes –regadas de lágrimas–.

Aquí surge el chisme. Salta el comentario fugaz, tenue, invisible.

A su derredor también se forjan historias de amores campesinos, que huelen a tomillo y a hierba buena del monte.

Los cántaros rebosan del líquido crujiente, fresco, helado.

Las bocas de las comadres jamás se ven rebosantes, de líos, habladurías, chismes y brujerías, esos van saliendo por orden, uno tras otro, hasta lo infinito.

Y la fuente lava dolores, honras y tristezas, en la soledad de la plazoleta, mientras deja caer la serpentina blanca del agua.



# **SILUETAS LEVANTINAS**

A mis padrinos

Primavera del 1932



## EL ALMENDRO...

Al tiempo de gorjear en el espacio la madrugada, el almendro desperezó de nieve sus ramas. Recortado finamente, en el azul del cielo, entreabría gozoso sus flores.

¡Y qué alegre estaba el aire!

¡Y la tierra, cuan muda y callada!

El campo de almendros, semejaba como bañado, en cristal y blancor.

Vestido de sol recién nacido, y como escoltado por las palomas que iban describiendo en sus vuelos, anillos blancos de nieves, para unas bodas ultraterrenas.

Toda la huerta, como abanicada aun por la noche, se sentía infantil, en esta madrugada traviesa, llena de tirabuzones de nubes.

En el principio todo era blanco.

Los árboles, las barracas, los campos, la primavera toda ella nevada, relucientes de plumas los palomos.

El almendro sonreía en el azul, destilando pureza de novias ruborosas.

## EL MANZANO...

Como si fuera el protagonista de un bello crimen, el manzano se deshacía en una lluvia roja de flores.

Y sus ramajes negros, como si fueran los anchos cortes de las heridas se retorcían, ante la pesadilla de la próxima cosecha.

Los manzanos son como esas princesas encantadas de los cuentos, que esconden su regia personalidad, en la figura tierna de esa tórtola mansa, con el grueso alfiler clavado entre las plumas de su cabeza. ¡Aquel alfiler de cabeza negra, lleno de hechizos y de recuerdos de infancia!

El manzano huele a paraíso terrenal.

Sabe a frivolidad e inconsecuencia de Eva.

Recuerda la poca formalidad de Adán.

Por él sabemos que existió el Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal.

(Si es que alguna vez el bien y el mal, han tenido ciencia).

Los manzanos parece que recogen y que guardan con cariño, los rayos de sol que vienen a besarlos, para poder luego dar a la sidra ese tinte amarillo, como si de las entrañas del arbol, hubiesen sacado purpurina, y la espolvoreasen en el líquido espumoso, frescamente crujiente.

Rojo y Oro.

Manzano y Sol.

## LAS NUBES...

La poesía, de estos trozos de gloria, peregrinos sempiternos del espacio ¡quién será capaz de descubrirla!

En este atardecer caliente de primavera, como madejas deshilachadas de sol, van las nubes violetas y rosas, bogando por el aire.

Si las exprimiéramos tal vez nos dieran un líquido de espacio, un vinillo de cielo, que alegraría de estrellas nuestras pupilas.

Aquella nubecilla pálida y enfermiza, le está sacando brillo al lucero de la tarde, que ya pronto estará dispuesto a temblar de plata, en el estuche negro, aterciopelado de la noche, cual joya viva que respira y que ama.

Esta otra nube que se acerca al campanil del conventillo, recogerá en su regazo las campanadas asustadizas del toque de ánimas.

Verdadero clarín a cuyo son, ha de comenzar la corrida goyesca, de lechuzas y murciélagos, que le brindarán a la luna la muerte de la dalia más pomposamente inútil.

Las nubes se van descorriendo en dos hileros, para dejar prendida en el pecho moreno-azul, de esta noche árabe, la levantina magnolia de plata de los espacios.

## LA TORRE...

En el mediodía caluroso, aquella torrecilla fina y esbelta, esparció por la huerta, las carcajadas amplias y sonoras de sus campanadas.

Bosqueja su sombra, en la plaza del pueblo. Bajo ella se cobijan los tenduchos, que guardan olores israelitas y árabes, de lonas y palos —embarcaciones embarrancadas y sin Media Luna— que se extienden en color y mercancías, por los mercados levantinos.

Sea la Torre, como la madre, de las casas blancas, como escuadrilla de palomos, que descansaran de su vuelo internacional, en medio de la huerta verde, haciendo nacer en ella, un mar de edificaciones limpias.

Y por eso, siguiendo la correría del Sol Pirata, va escoltándole y girando, y la Torre pone su sombra de cariño en los diversos puntos del poblado.

Esbelta y airosa, la Torre, con femenino gracejo, se ha prendido, una cupulilla, toda ella azul de tejas relucientes, y se la sujeta valientemente, con ese negro agujón de la veleta, que se clava en la cabeza, mientras se traspasa los ventanales del pecho, poniéndose en medio el camafeo barroco de un retablo de azulejos de Manises, delineando en verdes y amarillos viejos, el martirio de San Sebastián.

## PALMERAS...

Mediodía de oro y calor.

La palmera, ha entreabierto sus brazos, que se mecen verdes, en el aire azul.

La palmera, erguido el torso moreno, acaricia y besa al aire, con sus manos, ampliamente desflecadas.

Y su sombra, borda en negro, una silueta viva en la tierra caldeada de areniscas, cristalillos, al lado de hierbas húmedas.

La palmera, está como incrustada en el paisaje, tomando su baño de luz, en el aquietamiento durmiente de estas horas insensibles.

Son los bosquecillos que forman, como un corro, en el que las palmeras, se han detenido un momento, en un instante estatificado de danza del Cenit.

La palmera, sacude sus ramas, brinda aplausos verdes cortados, al Sol.

Sus frutos amarillentos, enracimados, son como ofrendas de dolor, desconocidas y encubiertas.

Un día vendrá, en que un vendaval quizás tronche y desgaje todo el palmeral. Y las únicas víctimas que queden, en esa noche triste cantarán «albaes» a la luna vestida de labradora.

## ACEQUIAS...

Como hijuelas pródigas, se escaparon de su padre, el río, aprovechando la ocasión, en que éste, se entretuvo una noche en amedrantar a los huertanos, con un simulacro de inundación.

Corrieron gozosas, como pájaros en libertad, las acequias.

Desde entonces, vagan libremente por la huerta, y se van entrometiendo en todos los campos.

Son como las venas por donde corre la sangre blanca, que vivifica las semillas, y les da alientos acuosos, para nacer y fructificar.

Sangre que fue un día río. Sangre que lleva rebel-días, y que se acuerda de sus antepasados los montes, con cabellos blancos de nieve invernal, y recuerdan que un buen día, las besaron a todas ellas, y en unión de su padre el río, los abuelos las mandaron correr por las rodillas de sus vertientes.

Mientras ellas iban felices, sin darse cuenta, asesinaron a una tribu de margaritas silvestres, -flores gitanas y errantes-, que habían acampado en un prado verde esmeralda.

Las acequias son las encargadas de mantener, en el silencio de la anochecida, la llama feble y sagrada del ritmo, y del rumor.

## BARRACAS...

La barraca está sentada junto a la acequia rumorosa, y es toda ella en el paisaje de luz, como un triángulo de pajas y de cal.

La barraca es siempre religiosa, la bautizaron con agua de estrellas, en un amanecer, y fue su madrina la luna, y entonces le pusieron esa crucecita negra, en su frente blanda y sensible de recién nacida.

Hoy la barraca, moza madura de cosechas de arroz, tiende a su puerta un parral verde limpio, para tejer en el suelo, un encaje que tiembla de sombras, y que destrozan los patos, con su andar de borrachos palmípedos.

La barraca se engalanó con una enredadera de campanillas que tocan una música de pétalos, y que repican campanadas azules y rosas, en las madrugadas risueñas del estío.

La barraca, amplia y holgada, ha dejado hacer a su lado, el hongo ancho de ese horno, con su boca negra y abierta, por la que se ve una dentadura de ascuas vivas, y que comulga los panes morenos de harina, con recuerdos de brazos suaves y calientes de huertana.

La barraca se alumbra de devoción, con una huciérnaga, prendida al lado de un retablo verde y redondo, en el que sonríe de amor la rosa más Virgen, teniendo encogido en sus brazos de pétalos, el capullo más Niño, al cual hacen corte dos mariposas, con alas transparentes y angélicas.

La barraca se abanica de cañizales y se mira en el espejo de las aguas, que la circundan la cintura, como si fuera una faja verde, toda ella bordada de flores, pájaros y hojas.

## LEJANÍAS...

Como si fueran una continuación de mar, se alzan gigantes, las olas violetas de los montes, heladas y petrificadas en un momento de amor.

Como si fuera una continuación de tierra, está el mar verde, todo él florecido de barcas pesqueras.

Y envolviendo, abarcándolo todo está el cielo azul. Más azul que nunca, alumbrado de luna, estremecido de estrellas, relampagueante de luceros.

Y está el alma, en un despertar de primaveras y deseos.

Y está el cuerpo, ansioso de amor, enardecido y sereno.

Como queriéndolo ver y dominar todo, está el poeta.

Como queriéndolo olvidar y morir, está el amante.  
¡Si supiera leer en el árbol negro de mi pensamiento!

¡Si supiera vivir mi vida! Ella y solo Ella.

Yo quisiera volar –dice la flor al pájaro.

Yo deseo dar a luz perfumes –le contestó éste.

Busco inútilmente mi felicidad –exclama el rico.

El dinero, no rueda hacia mi casa –piensa el pobre.

Sacrificaré a la noche mi belleza –clama la hermosa.

Yo para qué nací? grita el deforme.

Nacer, vivir, querer, sentir;

Ambicionar, poseer, llorar y padecer;

Reir, saber, triunfar, y triunfar para morir.

Todo, absoluta, íntegra, esencialmente son lejanías.

De la tierra verde,  
del mar azul,  
del corazón rojo,  
del alma blanca,  
del espíritu negro de dolor de Primavera.

# **SIETE LATIDOS DE SOL**

**(Estados de ánimo)**

A mis hermanos

Otoño de 1932



## Y SIN EMBARGO...

Cerca, muy cerca del fuego de la chimenea.

Sintiendo la quemazón en la carne, de sus besos rojos.

Y sin embargoiqué frío en el corazón!.

Mediodía de sol; fuego y calor en la arena, el ambiente perfumado en yodo caliente, y sin embargoiqué frío en el corazón!.

Reunión, charla y decires; abrigos de amistad, regalos a los sentidos, tempestad de ovaciones que se acerca, y sin embargoiqué frío en el corazón!.

Plaza urbana. Sinfonía de colores y de ruidos.

Ojos bellos, labios húmedos, sangrando amor, brazos tensos, suaves, y sin embargoiqué frío en el corazón!.

Dinero en arcones bien colmados. Riquezas fabulosas, rutas de viajes, tronos de poesía, rumbos nuevos.

Flores recién cortadas, y sin embargoiqué frío en el corazón!.

## CRIMEN...

La puertecilla quedó abierta.

Era como una boca que lanzaba su grito de alarma, y sin embargo, fuera, el pueblo seguía tranquilo, sosegado, quieto.

Pero hubo alguien, que llevado de la mano por la cariosidad entró en la casita, recogida, pequeña, blanca.

En el techo, junto a los racimos de panizo, estaba un viejecillo, retorcido por el dolor, descoyuntado, muerto.

Más adentro, en la salita, humildemente encarnada, tendida en tierra, nadando en sangre, una mujer.

Enseguida, al momento más veloz, todas las puertas del poblado se abrieron.

Se formaron círculos de palabras. Corros en las calles. Saltó el comentario. Nació la interrogante. ¿Quién será?

Mientras tanto, en la casita, todo estaba en orden.

Se abrieron las bocas de las gentes. Cundió la alarma. Eran las 12 de la mañana en el reloj de la torre. Era la cúspide, la cima de la murmuración.

A medida que iba creciendo la tarde, iban menguando losorros. El toque a la oración, acalló los semblantes descompuestos. Cayó de rodillas la noche.

Apenas si se encendieron luces. El casino, estaba desierto de humo y de golpes de fichas. Todas las puertas se cerraron. El viento negro del miedo se extendió por el pueblo. Aquella noche los niños no dieron guerra.

Y la puertecilla, seguía abierta, como rezando...

## INDECISIÓN...

¿Qué camino tomar?

Mil tendencias nos empujan, sin ninguna consideración.

En el horizonte gris, se destaca la nube de una interrogación.

En la vida –dicen– hay mil caminos. Pero uno –te añaden– solo uno te lleva por su cintura blanca hasta el descanso y el fin.

Ni la Ciencia, ni la Religión te dirán cual es.

Mucho menos la amistad y el amor, siempre en pugna –decididos a que tomes el peor–.

¿Qué camino tomar?

Dicen que hay unas Guías publicadas por la experiencia. Pero hoy, en la actualidad viva y palpitante, no sirven para nada. Te encaminan a cosas muertas. A sepulcros, más o menos blanqueados.

Hay, –lo sé– una ruta de ideal, toda sembrada de espigas de sol, de amapolas de cristal, pero cuando se decide uno a caminar por ella, hay que abandonar muchas cosas. Romper muchas amarras, matar y destruir. Verse libremente desnudos.

¿Qué camino tomar?

Una mañana gris, apenas nacido el día, me senté al lado de un camino, y vi pasar un peregrino. Marché tras él.

-¿Dónde vas? -me dijo.

-No lo sé -respondí.

-Yo sí. Voy tras el olvido. Busco la paz.

## RECUERDOS...

De las nieblas de la vida, de las arcas viejas del ayer, van saliendo –ahora– poco a poco los recuerdos, escondidos, custodiados, presos por mí, en mis días de alegrías.

Forman todos ellos, como una sucesión de sonidos ininteligibles en un tiempo; perdidos después, en la baraunda de la sensatez.

Me traen un poco de fuego –en este invierno tan frío de cariños; vienen a reavivar el encendido amor que en otros tiempos tuve.

Los hay que se conservan, ligeros, casi imperceptibles; las horas resbalaron por ellos sin herirlos con sus alfileres de minutos. Están casi igual. Una vez bien limpios y cuidados me traerán el ritmo y la tranquilidad. Restablecerán el equilibrio roto hace unos meses. Los acaricio como si sus melenas doradas, me diesen la sensación de bucles rubios del Renacimiento.

Pero entre ellos, viene uno –acaso el mejor– que lo he vuelto a guardar.

Es de tan fino cristal, que el más leve golpe lo destrozaría. Bien envuelto en el manto –sin color– del misterio, ha vuelto a su arca.

Allí está mejor.

## PARTIR...

El humo del tren se quedó –temblando en negro– en la techumbre caliente de cristales de la Estación.

La estela del barco, se quedó prendida en blanco –espuma, sobre la piedra, esculpida de cangrejos y lapas, del puerto–.

El aire, estuvo, azulado en remolino, después de elevarse el avión.

La arena formó dos líneas paralelas –surcos de gasolina– al arrancar el automóvil.

En el mar, se formó un hoyo de agua alegre, al sumergirse el submarino.

El cascabeleo en plata, se colgó en la encina vieja de la puerta de la venta, al salir la diligencia.

El chapotear en hierro, retembló de piedra, bajo los arcos del portal, al galopar del caballo.

Los perros, dejaron sus huellas en la nieve blanda, al arrastrar el carrito del pobre manco.

Las sandalias dejaron caer unas piedrecitas al ser descalzadas por las manos –trémulas de oraciones– del peregrino.

Marchó el buen humor. Voló la alegría. Huyó el amor. Partió la religión.

Únicamente yo –la soledad– quedé temblando emocionada, bajo la estatua de sol de la amistad.

## SOLEDAD...

Columpiándose en el trapecio del aire, el primer lucero de la tarde, con gorgueras de fuego.

Clavado en la pasta gris del horizonte, un único árbol pequeño, aterido de frío verde, en la llanura de sombra.

Sobre la superficie glauca del agua, la alegría de una vela blanca de lluvia, junto al respirar de las olas.

En el bosquecillo de cruces, del cementerio de aldea, la estatua viva en negro, de una vieja, acongojada de emoción, arrodillada de pesar.

En el templo grande, negro, húmedo, el chisporroteo de oración aceitosa de una lámpara sola que se muere.

En el aire de plomo, la piedra en plumas de un golondro tardío, que cruza, buscando el nido.

En la tierra de fango, el aullido de un perro de ceniza, ciego y hambriento.

En la carretera, la silueta de andrajos humanos, de un mendigo, que se marcha siempre.

## DOLOR... (15 DE JULIO)

Vibrar. Vibrar. Vibrar.

Qué vivo está el cuerpo, cómo se remueve y se esponja descansando del viaje de la inquietud.

¡Qué muerta está el alma! petrificada, quieta, muda, sacrificada ya la ruta verde de la esperanza.

Qué lentitud en los minutos.

¡Qué correr de las horas!

Qué empañada la luz de la mañana.

La seda de aire de la soledad, nos liga, nos cerea, nos ahoga.

Todas las puertas del alma, bien abiertas al consuelo.

Y los ojos, y mis ojos ya exprimidas bien las limpias lágrimas.

Y la boca, y mi boca, bien callada, sin estorbos de sollozos.

Yo siento que el corazón se me ha quedado vacío.

Yo he mirado al cielo y nada he visto.

iiiYo me quedé CIEGO, Señor!!!.

Mis oídos estaban llenos de campanas y gemidos.

Y mi voz no era la misma, parecía que se cansaba de actuar.

Yo vi una caja y unas flores. Y después gente, mucha gente.

Solo sé que afuera llovía, y que lloró el Arco-Iris.

Desde entonces, desde aquél día, yo solo soy, vinagre, acibar, hiel.

¡Vibrar! ¡¡Vibrar!! ¡¡¡Vibrar!!!.

ANDRÉS OCHANDO

**BALADAS DEL  
«QUIJOTE»**



*DEDICATORIA*

*A mi padre.*



## ADVERTENCIA



**L** A palabra "balada", durante mucho tiempo ha tenido una significación pastoril. Y así como la égloga se limitaba a un venturoso canto de las cosas del campo en su forma y sentir de aquel momento intentando actualizarlo, la balada vuelve la vista atrás y narra sucesos o hechos pasados.

Al principio fue un género exclusivamente poético, en el sentido de verso rimado o libre, aunque quizá abundasen más las baladas compuestas con libertad de metro, y posteriormente se trasladó a la prosa, sin perder nunca su calidad de poesía. Por el contrario, quizá ganando, porque el campo de la prosa, por su extensión, ofrecía más facilidades al poeta para expresar su sentir.

De límites poco fijados, esta palabra permite que se titulen de igual manera composiciones en prosa y verso de notoria desigualdad, no tanto por el tema, sino también por la forma de sentir de sus autores.

Baste recordar la **Balada de la cárcel de Reading**, de Oscar Wilde, mezcla extraña de elegía, confidencias artísticas y memorias de una vida. O también algunas composiciones del poeta belga Rodembach.

*Y en España –qué distintas–, las **Baladas de Primavera** de Juan Ramón Jiménez, de hondo sentir y cálida expresión (aquel acierto de “Dios está azul”, “¡Qué tranquilidad violeta, por el sendero, a la tarde!”), y la fina y breve **Baladilla de los tres ríos**, de Federico García Lorca.*

*Es decir, que la significación de la palabra “balada” depende casi exclusivamente del sentir del autor y de su manera de verlas y hoy, por tanto, han perdido aquel tono pastoril.*

*Ni en ese sentido ni tampoco en el exclusivamente poético, está tomada por mí para titular las prosas de juventud que siguen. Al aceptarla la he incorporado como forma lírica de narrar, que no excluye, ni mucho menos, el dramatismo ni la acción, aunque, como aquí, estén solamente esbozados.*

*Tampoco llevan las presentes “baladas” ese tono menor nostálgico y sentimental tan característico de las composiciones así tituladas en las literaturas nórdicas.*

*Tienen una cierta tristeza que se comunica a cuantos se acercan a la figura de Don Quijote, que lleva siglos de existencia propia e independiente de su autor y que no es más que la natural rebeldía del muñeco elevado a figura humana, y que con el tiempo sigue creciendo hasta convertirse en síntesis de una raza.*

ANDRES OCHANDO

**DINTEL**  
**(HOMENAJE A CERVANTES)**



**A** RDIENDO en rojo las estrellas –pardas de tierra– de la llanura azul. Hundidos los ojos en el misterio de un vuelo de jilgueros, sosegado y quieto el espíritu, percibí allá a lo lejos dos siluetas borrosas de niebla. Iban andando y bajo ellas quedaban hechos polvo los siglos. La llanura ancha y larga los cobijaba, como se resguardan los pastores cuando temblando las estrellas la tierra manchega, seca y caliente, recibe las agujas sutiles del hielo que comienza a caer.

Dos siluetas, dos almas, dos hombres, una raza.

Nada era el tiempo para ellos y nada también las fronteras. No hallaron a su paso valladares de costumbres, ni murallas de idiomas. Todo el mundo se convertía en llanura, inmensa y alta, y los obstáculos fueron menudos y pequeños cerrillos fácilmente escalables. Todo se les iba allanando al compás de su ritmo de cabalgadores, lento, cierto y seguro.

Dios sabrá bajo qué luz y en qué sitio estaban dos papeles tensos.

Dos ideas, dos sentimientos, dos creaciones, un genio.

De su ancha frente fué desovillando la madeja tierna de la novela y su hilo fuerte, seguro o sereno, llegó hasta nosotros, a nuestros pupitres negros de colegio donde por primera vez supimos algo de aquellos dos hombres. Fue primero los nombres. Don Quijote y Sancho Panza. El libro no muy grueso los tenía pintados en una portada burda, de cartón. Allí estaba arremetiéndolo Don Quijote contra un pacífico molino. Luego se fue abriendo las páginas, y a medida que transcurrían los años, cada página que se pasaba suponía un nuevo paisaje del alma del caballero. Venía la rica y variada procesión de tipos. El ama y su sobrina. Teresa y su muchacha. Las mozas del partido Doña Molinera y Doña Tolosa. La viajera incógnita de paje vizcaíno y malhumorado. Marcela, Casildea de Vandalia, Dorotea, Altisidora, la Duquesa y sus damas. Todo un ejército de mujeres, plenas de feminidad y gracia encantadoras. Y es que Don Quijote, puro y casto, no llega a tener nunca a su lado a la Señora de sus pensamientos, a Dulcinea del Toboso, y día por día, como el artista enamorado de su obra, le fue añadiendo encantos. Por ello, la aventura siempre está cerca de él. Le anima y conforta. Por el contrario, Sancho tiene una aldeana de carne y hueso por mujer, y jamás la aventura ni la fantasía le rozan un momento. Habrá sido ya después cuando nos hemos dado cuenta de en qué calabozo sevillano, bajo la luz encuadrada de un ventanillo, fueron estilizándose en universalidad creciente aquellas dos ideas de Cervantes.

Y es ahora, sin el atuendo oficioso, sin pompas de banquetes ni surtidores de discursos, en sombra de lu-

ces de “velada”, pobre de sonetos dedicados, habrá sido una tarde madura de octubre, en la llanura manchega, al pie de un pino solitario, desde el cual hemos tendido la vista hasta cansarla de tanta lontananza y sol muerto, y es entonces cuando nos habrá llegado un airecillo cervantino, sutil, bien afilado, escapándose de las páginas de un libro y nos habrá herido el conocimiento produciéndonos el dolor de la raza.

Dintel. Descanso. Puerta. Entrada.

Homenaje de silencio y fervor.



“EN UN LUGAR DE LA MANCHA...”



**L**AS campanadas se desplomaron desde lo alto de la torre al callejón de la Iglesia, rebotando en las piedras cercanas. Desde aquella altura se divisaban las caperuzas sucias de las casas, alguna que otra señorial torreta que sobresalía, y las veletas despabiladas de viento. Como si fuera un riachuelo seco y blando, la carretera venía hacia el poblado tersa y recta, y sobre ella caminaba una nubecilla de polvo, mensajera airo-sa de la llegada de la diligencia. Lejanamente se perci-bía el cascabeleo de las mulillas que la arrastraban y entre ese mar de sonidos alegres nacía la voz fuerte del que guiaba. Apenas dieron vista al pueblo, las mulillas se animaron y, dejando atrás la cruz de piedra de la entrada, cogieron rápidas la vuelta de la carretera y se metieron por la calle a cuyo fin se levantaba el case-rón grande y viejo de la posada. Era ese momento del mediodía en que la vida tranquila del pueblo cobraba un ritmo más vivo, en razón de la llegada del coche de viajeros. Los alrededores de la posada eran punto de mira, atención y curiosidad. Mozos y recaderos iban deshaciendo las vueltas de la cuerda que sujetaba la lona caliente y polvorienta debajo de la cual venían los sacos de equipajes, varios bultos y algún que otro

cesto de encargo. Bajaron los viajeros, adentrándose por el portal grande y bien blanqueado, con suelo de guijarrillos, en busca de la habitación espaciosa que hacía oficio de comedor y en la que se abría la boca ancha de una gran chimenea de campana. Era el pueblo punto de parada y descanso: allí se cambiaban las mulas para proseguir el viaje en las primeras horas de la tarde. Revuelo en la posada. Preparativos de comida. En una gran mesa se extendía el mantel de hilo fuerte y moreno, por las manos enrojecidas de la criada. Los vasos de grueso cristal se agrupaban en círculo, en torno a la jarra de barro, repleta de buen vino. Había también algunos porrones sueltos, panzudos, con su nariz afilada y estrecha, y surgía el contraste de colores entre el verde claro del cristal y el rojo sangre del tinto. En la chimenea, bien encendidas las gavillas, que charlaban chisporroteando mientras ardían, una gran santén en la que se iban friendo abundantes trozos de cerdo, guardados en tinajas con aceite, de la matanza de noviembre. Por la trampa abierta de la cueva iba subiendo una moza los cántaros rebosantes de agua bien fresca. Los que venían en la diligencia, un cura, unos cómicos de la legua, un escribano, una señora y su hija, iban tomando asiento en torno a la mesa ya preparada.

El mulero andaba trajinando con sus animales, a los cuales había acondicionado en la cuadra, echando en el pesebre, sobre el pedazo de sal —que trozo de hielo parecía—, un buen pienso. Y ahora se entretenía hablando con unos arrieros que llevaban una recua de mulas, negras y lustrosas, a un pueblo de las cercanías. Uno de los viajeros, apenas bajó de la diligencia, se

dedicó a recorrer la posada, subiendo por una escalera de madera hasta el piso de arriba. Entró por el corredor que daba al patio, en medio del cual crecía un pozo, y, empujando una de las muchas puertecillas que daban al pasillo, penetró en uno de los cuartos de la posada. Una ventana que daba a un callejón permitía la luz en el aposento, en el que se veían un catre nuevo a un lado; una percha pequeña y una silla al costado de una cama de madera —de las llamadas de canónigo— vestida de colcha rosa con sábanas limpias, frescas y blancas. A la cabecera, una imagen descolorida que aparentaba ser la Virgen de la Cabeza, apareciéndosele a un pastorcito bobo en medio de una llanura tan ingenua como mal pintada. Buscó el viajero donde lavarse el polvo de la jornada, y en una rinconera dio con una palangana que le proporcionó frescor y limpieza a su cara y sus manos. Salió del cuarto, y, atravesando parte del piso alto, fue a dar —por equivocación— en un aposento con trazas de cámara, en cuyo techo se veían las panochas bien colgadas, con reflejos de luz dorada; los melones, atados, y las uvas, resguardadas con bolsillas de papel. En el suelo, un montón de almendras secas, y, al fondo, unos cueros de vino, puestos unos encima de otros. Volvió el viajero sobre sus pasos y bajó presuroso, pues ya la posadera, a grandes gritos, anunciaba el comienzo de la comida. Se celebró ésta, y una vez reposada un poco, volvió a la puerta de la posada la diligencia, con nuevas y pardas mulas, descansadas y frescas. Subieron los viajeros a ella, después de la despedida y pago a los posaderos, arrancó calle arriba. Al atravesar el pueblo, en una de las casas —encontrada por la ventana abier-

ta-, la figura de un hidalgo con un libro en la mano, que miraba con indiferencia el paso, acompañado de voces y charlas, del coche. Llegaron a las afueras y las mulas iniciaron su trote ante la vista de la carretera blanca, y al poco rato, desde las campanas de la torre se les veía perderse en la lejanía, siempre acompañadas de una nubecilla de polvo. La tarde y el sol iban quemándose poco a poco.

Desde aquí se veían, rodeando el poblado, los espejos limpios y redondos de las eras de pan trillar, en un descanso de cabellos rubios de espigas durante la larga invernada. Más allá, el tapial pardo oscuro del cementerio, apenas traspasado y reverdecido de algún ciprés, y custodiado en negro por la gran cruz de madera vieja de la entrada. Pinares pequeños, reteniendo en sus puntas los últimos hilos de sol triste, y una sucesión de montículos perdidos en la lejanía, como un marco estrecho y violeta a la extensión e inmensidad del cuadro. Moviéndose entre el fino color verde de los sembrados recién nacidos, la pequeña mancha blanca de un ganado. Luego, la llanura sosegada de nubes, eterna durmiente en el silencio hondo de la caída de la tarde. Por el carril estrecho y retorcido de curvas, volvían al poblado las yuntas que partieron en el amanecer del trabajo. Los viñedos cercanos mostraban sus muñones, negros y secos como brazos amputados de pámpanos y vides. El ruido de unos carros comenzó a percibirse con claridad al lado del lento campanileo de las caballerías y el canto perdido en sollozos de una garganta que floreció en el aire una seguidilla. El pueblo se arrebujaba en una niebla densa que comenzaba a espesarse más y más. Las callejas -mudas de pasos-

empezaron a mojarse aprisa, lavándose el polvo de la jornada. Las chimeneas del poblado comenzaron a hablar con sus lenguas de humo. Un humo ceniciento que iba a fundirse con la niebla. De una de ellas, la más cercana, ascendían raudas chispas encendidas de leña, calientes de hogar.

En una casa, el olvido dejó abiertas las vidrieras de la calle. Por allí se divisaba, a la parpadeante luz de un velón, una mesa llena de libros. Mientras tanto, las manos recias de algún pastor tardío golpeaban con fuerza las maderas de unas lejanas portadas, llamando a deshora.

En la barandilla de la Torre, el harapo en plumas –todo ojos– de una lechuza silbó el comienzo de la noche.

*“En un lugar de la Mancha...”*

“LA DEL ALBA SERÍA...”

**E**NGARABITADO en un flacucho caballejo, sobre la llanura, inundada de sol, iba caminando un hombre, vestido de manera extraña, con una armadura mohosa y sucia. A medida que la tarde y el caballo avanzaban, el jinete, que trazas de caballero tenía, hablaba solo. Y su discurso, altisonante y razonador a ratos, no era más que el resplandor y reflejo, vertidos en palabras, de frases, actitudes y dichos que leído había en unos gruesos libros allá en la fresca y enjalbegada habitación de su casa manchega.

Era el instante en que la luz duda, y de un lado de la llanura cobra más brío de sol, mientras por el opuesto el color azul se va espesando hasta convertirse en mancha negra que avanza y se corre por el espacio. Anochece, pues, y el cansancio de todo un día de camino ponía el peso de la lentitud en los pasos del caballejo, y su jinete, que venía sin probar bocado, sentía en su interior como una reconvención por no haberlo hecho. Al tiempo que se peinaba en plata la primera estrella de la noche, divisó a lo lejos un edificio que se levantaba tranquilo y solitario. Era una venta, nacida al borde del camino, rodeada de grandes corrales de ganado y unas bodegas adosadas a ella. El que

venía dio prisa al caballo, que, presintiendo pienso fresco, salvó en pocos instantes la distancia que los separaba. Las últimas miradas de sol –rojas y violetas– sacaron luces y reflejos escondidos en unos ladrillos que en forma de azulejos rodeaban la torreta esbelta del palomar, adornada con veleta nerviosa de hierro en forma de gallo recortado y viejo, perseguido de una flecha que jamás había de clavarse en parte alguna.

A las puertas de la venta, dos mujeres, vistiendo refajos de lana oscura, con pañoletas de vivos colores, de franca mirada y vida amable, tomaban el fresco del atardecer, mientras los arrieros que con ellas habían venido, abandonando su carga de amor, andaban trajinando por las cuadras, arreglando sus caballerías. El caballero –aunque callado– imaginativamente había seguido su fantasear, y por ello la venta, a la imprecisa y torpe luz que había, tomó figura de castillo, ya que su gran fachada, las amplias corralizas y estancias y las bodegas que la componían daban pie para ello.

Una flauta de cañas verdes disparó sus notas, y, más lejano, el sonido de una caracola que lanzaba al aire sus recuerdos azules de mar, roncós de tormentas, afianzó en nuestro caballero la idea de encontrarse ante un castillo de señores muy principales. Y al instante, y en fuerza a su imaginación, le nacieron a la venta de parda y sencilla construcción, torreones, almenas con vigías, aljimeces, chapiteles de plata, y una simple acequia que pasaba seca y vacía, adosada a la fachada del Mediodía, se cubrió de aguas negras y procelosas, formando un gran foso. Trompetas al viento, banderas desplegadas. Y dentro del castillo el ir y ve-

nir de las dueñas, portadoras de grandes candelabros. El grito de un halcón en la mano enguantada. Un alto en el bordado que hacían las señoras recogidas en su estancia. La curva fina y nerviosa de los galgos, puestos en pie. Curiosidad e interrogación en el alcaide. Y un chirriar de cadenas mientras se tendía el puente levadizo, de maderos esmaltados de grandes y viejos clavos. Viviendo en los ojos pardos del caballero todas estas imágenes, llegó a la puerta de la venta, y se entabló una lucha de palabras: graves y mesuradas, ceremoniosas y cortesanías, las que salían de labios del jinete. Sorprendidas y curiosas, regocijadas y alegres, las de las mozas, hasta desencadenarse en francas carcajadas en cuanto sonó en sus oídos la palabra doncella. El ruido de la conversación llamó la atención del ventero hasta hacerle salir a la puerta en demanda y curiosidad, que no se vieron defraudadas en cuanto tuvo ocasión de corresponder a las finezas del caballero, que a todo esto ya había echado pie a tierra y continuaba ensartando en conversación solemne y traduciendo al lenguaje sus fantasías vivas. Entraron en uno de los aposentos de la venta, y allí su dueño continuó la charla, divertido ante la proximidad de una locura. Recuerdos de andanzas y viajes del mesonero, rescollos de desordenadas lecturas del nuevo huésped, se entrelazaron a la luz rojiza de un velón. Concertóse el hospedaje y cena, que fue servida al fresco por una de las mozas del mesón, prendiendo su curiosidad y la de los demás viajeros y huéspedes de esta noche en la venta al compás fino y breve de la curiosa charla del recién llegado.

Acabó la cena y se inició el desfile hacia los cuar-

tos; buscando los camastros de la cuadra los carreteros, para cuidar de las mulas. Y, ya mediada la noche, el hombre magro y alto, luego de breve coloquio con el posadero y las mozas, salióse despaciosamente hacia uno de los grandes corralones que en la venta había, y quitóse peto, coraza y coselete, que depositó cuidadosamente en el brocal del pozo. Quiso acompañar la celada, pero no pudo deshacer los nudos que la sujetaban por más que lo intentó, y, resignado, enarboló su adarga e inició sus paseos en torno a sus armas. La noche, como de verano, tranquila y sin aire, dejaba resbalar la estrellas y las horas. Antes de recogerse al sueño en la venta, se entreabrieron varios de los ventanos que al corralón daban, y de entre las rejas que los cercaban, ojos y miradas curiosas, risas ahogadas y un sisear imponiendo discreción, nacieron y treparon por los hierros. El caballero, distraído de toda preocupación real, seguía sus vueltas en torno al pozo, y, a medida que los ventanos fueron cerrándose y las conversaciones y comentarios cesaron, el ruido de sus pasos se fue haciendo más firme e igual, formando como una especie de compañía sonora en la soledad negra y plata de la corraliza. Al sentir de cerca compañía, al otro lado de la tapia se removieron las cabezas de ganado que recogidas se encontraban en una tina; se percibió algún que otro balido tierno y joven y el revolverse y saltar de unas finas patas. Iba subiendo lentamente la luna, trepando por las escalas invisibles de las nubes dormidas y sin color, e inundó de luz el patio y los corrales de la venta. En uno de ellos, muy quedamente, nacía una nueva vida y se iniciaba un valor y una destreza. De entre las armas mohosas su-

bía hacia el azul iluminado del cielo la figura de una mujer que había de vestir de amor y de esperanza la silueta del caballero que en la dormivela de aquel nocturno guardaba con su lanza, peto, coraza, adarga y coselete, que eran en aquel momento su tesoro de armas.

Un silencio húmedo rodeaba la venta. Desde el patio, al lado del pozo, se percibía el comienzo de la claridad. Los guijarros pulidos y redondos sentíanse llegar el hilillo de agua que se bajaba con prisa del brocal, escapándose de la cárcel del pozal de madera, adornado en el fondo con unas brillantes hierbas frescas y verdes que se mecían en movimientos ondulantes. De la cuadra cerrada salían por debajo de la puerta las últimas sangres de aceite del candil y un olor denso a paja blanda, a sueño, a pastizales recalentados de sol. A un lado del postigo, tirada en el suelo, una manta, ya vieja, que dejaba sonreír sus hebras verdes y encarnadas trepando por el color marrón oscuro como si fuera una prolongación del terreno. El triángulo negro y chillón de un morciguillo se destacó junto a la canalera, refugiándose debajo de unas tejas del palomar. Se removió en plumas el gallinero. De la llanura llegaba hasta allí el olor fresco de la madrugada, filtrándose por las rendijas un claror de día en puerta. El gallo retembló un momento su cresta encarnada y, afianzándose en las últimas cañas, disparó sus flechas agudas de canto, que fueron a clavarse en la rueda inútil, embadurnada de barro seco, que descansaba junto a la puerta de la gorrinera. Chasqueó en cobre su campanilla la mula coja.

De una de las puertas de la venta salió un arriero con ánimo de enjaezar sus mulas, darles de beber y seguir su camino, y, acercándose al pozo, intentó quitar las armas, que de estorbo servían para sus planes. Nunca lo hubiera hecho, porque el caballero —que receloso seguía sus movimientos— se precipitó hacia él dejándolo caer en tierra sin sentido. Apenas pasados unos instantes, que salió otro ignorante que quiso repetir la hazaña, y el caballero, descompuesto y nervioso, le dio con su adarga unos golpes en la cabeza, abriendo heridas en el cuerpo del infeliz, que a grandes voces demandó auxilio. Rápidamente se levantaron sus compañeros que aún dormían, y se desencadenó en el tranquilo corral una lucha desembocada en pedrea que recibía el caballero resguardando con su cuerpo las armas inocentes. Al ruido que se prendió, despertaron casi todos los de la venta. Apresuradamente bajó su dueño, que impuso paz y autoridad. Se retiraron los heridos, y, ya próxima a terminar la noche, en un rincón del corral, al lado de un corciol, se apartaron el ventero, que había salido a buscar un gran libro, con el cual volvía; las mujeres que en la tarde habían recibido el enojoso huésped y formaron grupo con él, alumbrados con la luz débil de una vela sostenida por las manos agrietadas, duras y secas de polvo, de un zagalón como de quince años, de cara en risa abobada y pelo de color panocha. Breve fue la ceremonia en la que intervinieron las dos mozas con risas y gestos desgarrados, a duras penas contenidos. Retiráronse todos los que habían salido, curiosos o sobresaltados, a presenciar lo ocurrido, y otra vez se fueron cerrando los ventanos y se sosegaron las conversacio-

nes. El silencio compuso de nuevo su figura, y el caballero, tranquila y serena la mirada, erguida y feliz su figura, se adentró en la cuadra en busca de su caballo.

Y en seguida se entreabrió despaciosamente el portón de la venta. Lanzó un gruñido el mastín –aún en sueños–, y una sombra fugitiva a caballo animó alegremente a éste para que caminara. En una charca cercana, al ruido desconocido de pasos, unas ranas se zambulleron, dejando en el aire cercos sonoros de agua. A la puertecilla del palomar, sobre un trozo de silla, viejo, empotrado en la pared de arena, el copo de nieve de un palomo, esperando el momento de dejarse caer en el espacio.

Iban agonizando las estrellas. Un colorín destiló su canto en el pinar lejano.

*'La del alba sería...'*



**“DE LA ESPANTABLE Y JAMÁS  
IMAGINADA AVENTURA DE  
LOS MOLINOS DE VIENTO”**



**S**E tendía por la llanura el camino carretero separando los barbechos, en los que los surcos iguales y largos iban a perderse casi de vista. El ancho era como de tres metros, y percibíanse en su superficie las huellas hondas y entrechas de las galeras, formando carriles, en los que anidaba de madrugada el hielo recién caído. Bordeaba el camino por ambos lados una sucesión de hierbajos silvestres, entre los cuales descolaban unas sencillas flores de colores tiernos y humildes. Como si fueran hilillos de agua negra cruzábanlo por diversos sitios las filas prietas de hormigas afanosas.

El sol se debaja caer besando el polvo blancuzco e inundado de luz todo el campo en la mañana madura y sosegada. Nadie por el camino. La soledad se tendía por el horizonte, apenas tembloroso de algún ruido lejano, confundido, baldío, estéril.

Ahora venían dos hombres con su caminar descansado y gozoso. El uno sobre alazán viejo, de no mucho brío, y el otro sobre un ruicio del color del terruño en las mañanas preñadas de niebla. Ritmo lento y seguro el de su caminar.

*“En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos que hay en aquel campo”*. En efecto, allí estaban diseminados con cierto desorden. Sus caperuzas apenas si se divisaban; parda la tierra de su construcción, se apoyaba lo preciso en unas piedras angulares que venían a parar ya en la base y que se encontraban bien descascarilladas de enjalbiegues. La boca negra de sus puertas, y unos ojos pequeños allá arriba, merced al trabajoso prodigio de sus ventanos. Las aspas, quietas, como finales de rosario, crucificadas en el azul de la mañana, estaban paradas en virtud de falta de aire. Gozaban un descanso las lonas trabajadoras y ennegrecidas, que únicamente se vieron totalmente blancas y frescas un día que, ya al atardecer, se deslizó blanda y suave una gran nevada, de la que todavía hablaban los pastores ya viejos de las cercanías.

Al poco, de detrás de unos cerrillos con la color violeta, que se veían muy a lo lejos, empezaron a salir, como ovejicas tranquilas y blancas que se escaparan de sus oteros, unas nubecillas que comenzaron a andar solas por la llanura azul de arriba, siguiendo sus invisibles caminos de aire.

*“Levantóse en esto un poco de viento”*. Nuestros caminantes, que ya habían descubierto los molinos, no habían llegado a ver el viento. Y, sin embargo, estaba allí, descansando sobre toda la faz de la tierra exhausta, que lo sopesaba sin sentir. Se levantó —como decíamos—, y a su vista y a su tacto, los molinos hicieron alto en el descanso y comenzaron a mover sus aspas, en las que se iban hinchando poco a poco las lonas, hambrientas de aire, repletas de vida y de fuerza. Den-

tro empezaron a rodar las piedras rudas, talladas en corazones de la tierra, y por un lado surgió la lluvia de oro del grano recio y grueso, mientras por la otra parte iba cayendo la espesor de una nevada mágica en forma de caliente y recién nacida harina.

Mientras, discutían los caminantes, que ya habían llegado cerca de los molinos, al tiempo que éstos aprovechaban el aire y giraban sus aspas. La fantasía dejó caer su velo de cristal delante de los ojos del caballero, que, a su través, percibió como un ejército de gigantes que con sus brazos largos jugaban con espadones, como aprestándose a una batalla. Inútil era que su criado le fuera indicando que el campo aquél, al levantarse un poco más sobre la llanura, era el sitio propio que habían aprovechado los labradores del pueblo vecino para edificar sus molinos. También se encontraban allí muchas eras, que el caballero tomó como las rodela rubias de fuego que pertenecían al ejército de magos. Contestaba pacientemente el mozo que, al igual que los molinos, habían nacido en aquellas alturas para —en los anocheceres de julio y agosto, en que casi siempre sopla un poco de aire— poder aventar más cómodamente las parvas.

La luz de la tarde temblorosa de sol venía a llover color y fuego sobre la llanura parda y tostada. La aventura tomó forma de un bando de palomos campeiros que cruzaban raudos, saltando de bancal en bancal, y pasaban por encima de los trigales que, como pedazos de mar rubio, con oleajes de espigas merced al recorrer del viento, crecían en aquellos alrededores.

Y molesto el caballero ante la insolente actitud de

los gigantones, que cada vez braceaban más, se dirigió hacia ellos con grandes voces retadoras y fué derecho hacia el primer molino, que era el que asemejaba ser más grande. Se unieron en el aire el rebotar de cascos y los lamentos quejumbrosos del otro, que más apartado quedaba, y que iba a desmontar rápido de su borrico.

Sobrevino el encuentro del caballero con el molino, y una de sus aspas, al choque con el rocín y su jinete, lo resistió con bravura, levantándolos airadamente, y desde mediana altura cayeron hombre, caballo, adarga, rodela y unos trozos de madera rotos y lanas desgarradas.

El golpe fué tremendo. A su vista acudió corriendo, tropezando en gasones duros, el escudero. Por fortuna, el hombre vivía, y el caballejo, con las orejas tiesas, relinchó su dolor y se levantó con presteza.

Y, sin duda, con el calor de la batalla, el señor y la prisa en socorrerle su criado, el caso es que ni uno ni otro se dieron cuenta de que allí mismo, sobre la superficie dura y fuerte de la llanada, entre unas piedras encarnadas, unos restos de costales y unos trozos de lebrillo, del cual sacaba luces el sol, desamparado de cielo y tierra, estaba el cadáver –aún caliente– de una ilusión.

“DICHOSA EDAD Y SIGLOS  
DICHOSOS AQUELLOS...”



**T**ODA la serranía se iba enfriando de sol. Los pinos se recortaban en verde y las encinas, anchas y frondosas, estaban en oración en la tarde lenta. Desde una de aquellas peñas –peladas, rugosas, ásperas– se veía el subir desigual y raudo de un ganado. Iban las cabras delante –rápidas y certeras–, brincando los matojales, y detrás, más depaciosamente, los borregos, de un color oscuro, salteándose en blanco por virtud de alguna oveja primala. Festoneando el grupo con sus alegres ladridos, trepaban dando al aire el tremolar de sus lenguas –como diminutos banderines–, dos perros guardadores, y al final venía la silueta parda de un pastor ya viejo.

Pasó el ganado ante una cuevecilla de boca femenina, estrecha y pequeña. La conocían en las cercanías como la Cueva de la Mora, y eran muchos los que afirmaban que en la media noche de San Juan habían visto salir de ella la figura de una mujer árabe, desnuda entre velos, y que, sentándose a la puerta a la usanza de su tierra, peinaba sus blondos y negros cabellos con peine de oro y cristal, que, al pasarlo, dejábalos

brillantes y perfumados. Mientras, en el cielo las estrellas se perseguían jugando unas a otras, dejando un rastro blanco de risas que venía a bordear el tul lechoso que se tendía de manera desigual por el cielo y que en la tierra le llamaban Camino de Santiago. A esta hora del anochecer, la puerta de la cueva permanecía solitaria y tranquila, ya que no era el tiempo de apariciones. Sin embargo, tal vez en su hondura anduviera arreglando su figura una sombra de mujer que, en forma de aventura, esperaba la llegada de un enviado de amor que sólo a ella servía.

El ganado iba dejando en el aire un calor denso que se quedaba flotando en la tarde fría y silenciosa, apenas traspasada de los balidos tiernos de alguna oveja que se debaja un jirón de lana al pasar rozando la estéril y punzante línea de un espino. Abundantemente dispersos por el suelo del monte —tapizado reciamente de guijarrillos y piedras—, el romero y el tomillo, al ser pisados o estremecidos, exhalaban sus olorosos y finos gemidos.

En una amplia plazoleta rodeada de un trozo de pinar más espeso y salvaje, iban reuniéndose los pastores para cenar. Los otros ganados, que habían alcanzado la cima media del monte por otras laderas, acababan de traspasar los portillos de piedra de una cueva honda y negra, para descanso del pasturar del día. Habían encendido la lumbre, apoyadas las ramas tiernas en la cuadratura de unas piedras informes, vestidas ya de lutos de pasados fuegos, con encajes de cenizas. Por una abertura que pareciéndose a una ventana dejaban los árboles en su espesura, se divisaban allá lejos, en el

monte vecino, saltando con la vista y la imaginación el vallecillo del fondo que los separaba, los ojos de oro de nuevas hogueras recién nacidas.

Bien aposentada en las piedras, la olla de barro se ensanchaba sobre el fuego, que la ribeteaba en rojo por abajo, como si fueran los pliegues duros de un refajo de fiesta manchega. A medida que la frescor de la noche se iba adentrando, se estrechaba más a su alrededor el círculo de pastores. A los pocos momentos, separando ramas con un pedazo de adarga quebrado, dos siluetas irrumpieron en la tranquila reunión de cabe el hogar. Levantáronse presurosos los pastores, rodeando a los recién llegados los puntitos brillantes de sus ojos curiosos. El más bajo de estatura desmontó de un borrico cansino y gris. Detrás, en un plano superior, las orejas tiesas de un caballo agrandándose en las sombras proyectadas a los árboles, y el foco de luz de la hoguera sacó chispas rojizas de una armadura que llevaba el cabalgador, quien, inclinado hacia un lado, hurtaba su rostro maltrecho a la luz.

Se desplegaron por el suelo las pieles blandas, semejando grandes trozos de nieve cuajada y helada, con recuerdos de invernada fría. La olla destiló sus humos fuertes, que recorrieron el corro solícitamente, siendo aspirados con deleite por las narices moradas del más bajo de los recién llegados, que paseó su lengua por los bordes gruesos de sus labios, cortados y resecos, rodeados de una barba ruda. Cuidaba de la lumbre uno de los pastores, preparando el cabrito que habían de comer, y encima de las pieles se acomodaron todos, creando un grupo, y al caballero huésped de la serra-

nía aquella noche, le ofrecieron un tornajo como asiento de mejor calidad. Quiso corresponder él a las atenciones de aquellos hombres, y, aun cuando venía entristecido y con heridas jóvenes y tiernas –ya curadas–, comenzó a hablar con su criado de los últimos sucesos que se les habían atravesado y que dejaron tras de sí gran cantidad de éxitos, chichones, moraduras y palos. Las palabras, cuidadas y tranquilas, se iban colgando de las ramas tiernas de los pinos, y la conversación era escuchada en silencio por la reunión de hombres, ya de sí acostumbrados a la soledad y al campo. Cruzábanse miradas de curiosidad, como si los ojos se fueran lanzando unos a otros la misma pregunta. Se iniciaba con ello la duda en los cerebros tranquilos de los pastores, y ante ellos volvían a vivir –vestidos con palabras calurosas– unos encuentros con gigantes que después fueron molinos y una lucha con hechiceros y magos, resueltos al momento en unos sencillos frailes.

Comenzó la impaciencia a mover la basta silueta del criado, en cuya cara se estiró en negro la hendidura sonora de un bostezo, mientras su vista iba hacia la olla, cada vez más roja por abajo y olorosa de comida por sus bordes. Se fue uno de los pastores y volvió a poco trayendo unos grandes panes. Relucieron las lenguas heladas, de acerado cristal, de las navajas, haciendo un recorrido cortante al hundirse en la miga morena y sabrosa de buen candeal. Apartaron la olla, y, puesto el guiso en el centro, se estrechó aún más el corro y comenzó la comida. Únicamente quedaba en pie –detrás de su amo– el criado, de ojos golosos, que con diente fuerte y sano se dispuso a comer. Una calabaza gruesa y rubia, una copa hecha de cuerno, junto con

un zaque, constituían los depósitos del vino rojo, que cumplía su deber de refrescar labios y calentar mejillas y que no cesaba de recorrer el círculo. A un lado, indiferentes y olvidados, dos tonelillos con agua limpia. Dieron fin a la comida, y tras ella la emprendieron con un queso de mediano tamaño, aceitoso y duro, que al ser rechazado por casi todos dio lugar a que fuera acabado el yantar. A su término vino uno de los zagales trayendo en su zamarra un montón de recién tronchadas bellotas, que fueron dando la vuelta a todas las manos del corro. Se echaron unos leños más a la lumbre. Recobró brío e intensidad, dándoles a todos un beso caluroso y momentáneo. Resplandecieron los ojos del señor, que sobre el tornajo presidía, y tomando un puñado de bellotas desplegó sus labios, aún aceitosos de las últimas tajadas, rompió el silencio de la noche y comenzó diciendo:

*“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos...”*



“DE LA ALTA AVENTURA Y  
RICA GANANCIA DEL YELMO  
DE MAMBRINO”



**L**AS campanas –voces de los pueblos– iniciaron unos toques iguales y seguidos, señal cierta de una muerte, y, aunque la tarde era anubarrada y amenazando lluvia, aún se formaron algunos corrillos en la aldea para preguntar quién era el difunto a quien habían despedido en bronce y angustia las mismas campanas que saludaron su nacimiento.

Era el comienzo de la tarde, y, entreviéndose pedazos de azul entre las nubes, se escapaban los rayos de sol, amarillentos y helados, despeñándose oblicuamente sobre la llanura tersa. El caminito –menudo como una senda–, estrecho y tortuoso, iba dando lentos rodeos hasta lamer las paredes negruzcas y sucias del cementerio viejo de la aldea, con sus esbeltos y vigorosos cipreses, como verdes surtidores helados.

Muy poco a poco se fueron juntando las nubes, quedando como apretadas por un abrazo amoroso y denso. Y en el pequeño poblado hubo un momento en que pareció como si disminuyese repentinamente la luz que lo delineaba en suavidad allá en la lontananza. De un olivar gris –como recién nevado de cenizas lim-

pías— salió un bando de perdices cansinas y descoloridas que trazaron en el aire como una rúbrica en plumas de una rapidez desmesurada. Todo el paisaje se empapó de una luz cenital templada que fué a bañar los campos pequeños y recién sembrados, en los que se advertía la tierra recién removida, rica en tonalidades de color rojizo oscuro.

El cielo, que hacía apenas un momento parecía como recosido, percibiéndose claramente las juntas de las nubes, empezaba a empastarse de un modo terso, con un color plateado y unos toques negros allá abajo, en el confín con la llanura silenciosa y despolada.

*“En esto comenzó a llover un poco”*. El agua, fina y menuda, iba cayendo graciosamente, y las gotas primeras dejaban en el polvo caliente del camino sus huellas redondas y diminutas, como lunarillos en un bordado. En dirección contraria venían, de un lado, un hombre que había salido hacia así como una media hora del poblado, y de la otra, dos caminantes que aún no se divisaban bien. Poco a poco, el camino los iba uniendo, hasta que pudieron observarse con atención desde una mediana distancia. Llevaba el hombre del pueblo, para guarecerse del agua, una bacía de barbero recién limpia, y sobre la cual la lluvia —que era de la llamada calabobos— resbalaba y caía sin apenas dejar rastro. Los otros viajeros venían hablando con fuertes voces y pocas razones. Uno montaba sobre un caballo desmedrado, seco y alto, el cual, con las riendas sueltas, iba caminando sin fuertes prisas. El otro, que montaba un rucio pardo, se había echado una manta

sobre la cabeza, para mejor resistir la molestia de la tarde. Acompañada de la lluvia, la aventura se bajaba a la llanura, al tiempo que la fantasía, galopando, invisible corcel de aire, se interponía entre los dos caminantes y decía su secreto al más alto y delgado. Un relámpago que hirió en rasguño de fuego breve el cielo, hasta hacerle quejarse en trueno, se reflejó con alegría en los ojos tristes del caballero. Una de sus secretas ilusiones, acariciaba allá en la soledad de su cuarto, venía a su encuentro cuando él menos la esperaba. La fantasía, una vez desempeñado su perturbador papel, picando su invisible caballo de aire se adelantó al grupo y al poco se perdía en las nieblas lejanas del horizonte. Comunicó la buena nueva el caballero a su criado, y el proyecto de rescate de una alta e histórica prenda, a la sazón en cabezas zafias, y su deseo de entablar combate para ello. El criado, a quien le duraba aún la congoja y el susto de toda una noche de ruidos infernales, intentó disuadirle, sin resultado alguno.

Paróse en esto el hombre de la bacía, al notar que, a pesar del intento de contenerle el que montaba en el rucio, el otro, recogiendo las riendas de su caballo y dando grandes voces, se venía en derechura hacia él. Asustóse el pacífico barbero, y antes de que llegara su desconocido asaltante brincó de su pollino y ganó tierra. Con un golpe, la bacía, que iba sin sujetar, cayó a un lado del camino, y pensando su amedrentado dueño que aquel enfurecido y disfrazado hombre fuera saltador de caminos o bandolero, abandonó asimismo su pollino y echó a correr a campo traviesa en dirección al pueblo, de donde había salido sin contar con la tarde fría y lluviosa y la nueva importuna de esta

aventura, ni buscada ni mucho menos deseada.

Paró en esto la lluvia un poco. Y mientras el caballero bajaba a recoger la bacía y le limpiaba el polvo que se le había adherido, acercóse el otro, que, sin duda, era algo así como su criado, y comenzaron a departir sobre la pieza cobrada. "*Sin duda que el pagano a cuya medida se forjó esta celada...*", y mientras tanto decía el caballero, intentaba colocársela en la cabeza, sin hallar manera alguna por más posturas que tomaba.

La risa encendió la cara gruesa y basta del criado hasta tal punto que el señor hubo de preguntarle su causa con cierto enojo. Y un vientecillo fresco que comenzaba a pasearse en aquel momento por la llanura, olorosa y limpia de buena lluvia, silbó la ironía en los castos oídos del caballero mientras el otro se excusaba con palabras dichas con cachazuda lentitud.

“DE LAS EXTRAÑAS COSAS QUE EN  
SIERRA MORENA SUCEDIERON AL  
VALIENTE CABALLERO DE  
LA MANCHA, Y DE LA IMITACIÓN  
QUE HIZO A LA PENITENCIA DE  
BELTENEBROS”



**S** ALTABA la Sierra la tarde. El sol iba escurriéndose entre los pinos, dejando una estela de luz a su paso, y el vallecillo que rodeaba uno de los picachos, desnudo y duro, sangraba sus fuentes, que corrían mojando las retamas y los lentiscos. El tomillo aparecía florecido, fragante y limpio, y sus flores se entrelazaban por los palos secos de los espinos. Piedras redondas ya de tanto rebotar por las montañas crujían ásperas y chirriantes al hundirse entre ellas las alborgas duras de cáñamo que sopesaban el cuerpo rollizo, más que voluminoso, de un hombre del campo que, llevando de las riendas a un caballo estirado y flaco, discutía con el cabalgador, hombre magro y alto, cuyas piernas caían lentas, con descuido y cansancio, hasta casi tocar el suelo. Se pararon en aquel verde remanso que estaba mediada la cuesta que allá a lo lejos comenzó entre unos pintorescos álamos y a partir de los cuales la llanura iba erizando su lomo y comenzaba a levantar los montículos que cogidos de las manos de sus valles formaban la serranía.

Una vez que el discutir fué sofocado, el hombre más alto se separó del grupo y fué a reposar su can-

sancio en una como silla de enea que formaban las raíces viejas y duras de un pino, que, lamidas por el agua, fueron desenterrándose poco a poco y mostraban una apariencia de cadáver resucitado. El caballero tomó una libreta sencilla en la que abundaban los renglones pardos y rectos de pensamientos y poesías, y comenzó a escribir sobre ella: "*A Dulcinea del Toboso. Soberana y alta Señora*". Nada más estampar el nombre, sintió el que escribía un comezón de angustia que, partiendo de la garganta, comunicaba su temblor emocionado hasta llegar a sus afilados dedos. Por el hueco que dejaban unos pinos que en grupo crecían a su lado, vino a dibujarse en verdes y negros la morena silueta de una cara de mujer campesina, tostada de sol, recia mandíbula y ojos duros y grises. Agrio el pelo, que, recogido en moño de picaporte, se pegaba sudoroso a las sienes abultadas. Cerró sus ojos el caballero, y al cabo de un instante volvió a su tarea de escritura. Pero al momento hubo de parar otra vez. El vuelo rápido de un cuclillo hizo que elevase su vista, y hubo resplandor de amor y de alegría en aquellas pupilas que se quemaban en la cueva morada, profunda y negra de sus ojeras. Allí, arriba de la copa más alta de la encina que gravemente extendía su verde magnífico en medio de la pradera, allí, unos ojos de un azul hondo e intenso, nariz fina, boca graciosamente abierta en sonrisa y unos bucles rubios que daban resplandor de gloria dorada al óvalo perfecto de la imagen.

Mientras tanto, el otro hombre oteaba el horizonte, que comenzaba a poblarse de nubes, en espera de poder descubrir la cachazuda silueta de un borriquillo perdido días antes. Se ahuecaba la oreja, grande y bas-

ta, erizada de pelos que nacían fuertes abonados por la amarillenta cera negra que daba calor y protegía la carne basta de los oídos. Pretendía escuchar el rebuzno limpio que había de salir atravesando las palas sarretosas del borrico y envuelto en un puñado de aire caliente. Terminó entre tanto su tarea el caballero, y reposadamente dióle el encargo a su criado, que comenzó a formar, dándose buena prisa, un haz o gavilla de retamas verdes.

En aquellos instantes en el cielo de la llanura comenzaban a adelantarse las nubes, y nuestro caballero quiso ver en ellas a Orlando, que venía en primer puesto, cabalgando una nube en forma de brioso caballo de anaranjado color. Tras él, y en ordenada hilera, habíanse puesto en movimiento, unos sobre leones amarillentos, otros sobre dragones violetas, los más en trasgos negros y grises, Amadís de Gaula, Roldán, Bernardo del Carpio y cuantos héroes de la andante caballería habían vuelto a vivir en el hogar atormentado y caliente del cerebro del caballero que los veía llegar en dirección a él. Creyó oír al mismo tiempo rumor de carreras por las montañas, y, naturalmente, vió en seguida el ágil desnudo de ninfas y náyades de arroyo, seguidas de tostados y viriles sátiros, de ojos ardiendo y pecho recto, tenso y peludo. Dió un grito el hombre, y libertó sus carnes secuzas y apretadas, desnudándose de alma y cuerpo para recibir todo el cortejo que se le iba avvicinando y que quizá pretendían juzgarle con arreglo a las estrechas leyes del honor caballeresco. Creyó que era el momento y hora de comenzar su penitencia, y rápidamente volteó todos sus miembros con pasmosa agilidad, hasta que su carne quedó herida

de frío al contacto con el airecillo de la tarde, que cortaba un tanto.

El otro hombre, sosteniendo su gran brazada de retamas, escandalizado, montó el caballo y le animó a caminar, mientras persignaba una cruz de espanto, de la frente —en el sitio en que una roncha le dejara la montera pastoril— al último ojal de la camisa parda, y desde el roto —por donde asomaba la mugre del hombro izquierdo— hasta el borde de la alforja, que descansaba flaca y vacía en el brazo derecho.

El alto y delgado, entre tanto, había metido las manos en cuenco en un arroyo cercano y recogió en ellas agua limpia, restregándola feliz por su cabeza polvorienta. Mientras, el criado, prosiguiendo su caminar, iba cortando ramas del haz que llevaba; protestaban en un ruido seco al partirlas y separarlas de sus hermanas y quedaban tiesas y erguidas sobre la tierra. Fue llegado, por fin, a la senda que bordeando la montaña iba a unirse allá a lo lejos con la carretera real que, tranquila, ancha y gozosa, cruzaba la llanura en la tarde.

**“DE LA BRAVA Y DESCOMUNAL  
BATALLA CON UNOS CUEROS  
DE VINO TINTO”**



**Y** A entrada la mañana dieron vista a la venta, llegando a sus portadas momentos después. Un mozo de mulas se encargó de las cabalgaduras, adentrándose con ellas hacia la cuadra, después de atravesar el corralón grande, en el que quedaron un momento para aproximarse a la esquina y, en el pilón, darles de beber a los animales. Entretanto, la comitiva, después de hablar un rato con el ventero y su mujer, pasó hacia la amplia cocina, buscando la banca del fondo donde descansar. La criada y la ventera, acompañando a uno de los huéspedes —el alto y flaco—, subieron la escalera. En el rostro del viajero se advertían aún las huellas de privaciones pasadas, unidas a un antifaz de cansancio que se le pegaba a la cara y le hacía entornar los ojos, vivos y penetrantes. Pasaron el corredor que daba a un patio pequeño, subieron unos desiguales peldaños de piedra remozados con cal, y llegaron a un caramanchón que tuvo oficio de pajar y no tenía más luz que un ventano alto, desde el cual se descubría el hondo silencio pardo de la llanura, con la mancha verde y única de un pinarcillo cercano.

Arreglaron un camastro las dos mujeres, con cuatro tablones, y encima pusieron un colchón de perifo-

lla, sábanas recias y sobre las mismas una manta vieja de lana que tenían para cubrir las caballerías en días de lluvia. Por todo asiento, un corciol pequeño y roto, y más allá, un cajoncillo al que faltaban unas tablas. Salieron las mujeres, no sin antes haber pasado un escoboncillo de juncos por el suelo de tierra, en el que brillaban tal cual brizna de paja y granos perdidos de candeal. Acomodóse nuestro caballero en el camastro, dejándose caer pesadamente, y disfrutando al contacto áspero y fresco de las sábanas, se fue quedando dormido, no sin antes pasarse un buen rato mirando una de las vigas, en la que se veía un nido de golondrina y más abajo la tela fina y brillante de una araña.

A todo esto, sus acompañantes acordaron comer sin avisarle, dejándolo disfrutar del merecido reposo, y, una vez que hubieron acabado, se sentaron al fresco en una rinconera que quedaba bajo el hueco de la escalera. Allí formaron corro y, tras un rato de conversar, salióse hacia el corral uno de ellos. Se acercó al brocal del pozo y sacó un cubo de agua, hundiendo en ella su boca hasta bañarse las narices rojas. Salía de la cuadra un labriego con su borriquillo, y nuestro hombre fijó en el mismo una mirada de cariño y recuerdo al bien perdido. Entretanto, allí dentro, uno de los viajeros, que era sacerdote, comenzó a leer un cuaderno, y el corro se estrechó para mejor escucharle. Sentados en sillas de enea y esparto, una dama fina, graciosamente vestida; un joven de cálido mirar, y la ventera. De pie, su marido y la criada. La voz del sacerdote iba haciendo nacer al aire sano toda una historia de amor, y sus incidencias despertaron las ideas que sobre el cariño todos y cada uno tenían. El hilo de la curiosidad

fue atando la atención e imaginaciones de todas aquellas gentes, que fueron apresadas por el encanto de la historia. El Dolor iba contando su drama en la parte baja de la venta.

Pero en el caramanchón, y por encima de las vigas, la aventura hizo su aparición de silencio. Se bajó por la pared, cuidando de no tirar ninguno de los calderos, sartenes y braseros que estaban colgados en ella, y llegó hasta la cama donde, inquieto y nervioso, dormía nuestro caballero. Le besó en la frente, y en seguida en el cerebro del que acostado estaba comenzó a crecer la flor sin color del sueño. Se vió transportado por encima de nubes hasta un reino defendido por un gigantón negro y feo. Y, sin querer, se levantó del camastro duro y pobre de la realidad. Su figura alargada y estrecha vaciló en medio de la habitación, y su mano tropezó con la adarga que cuidadosamente dejara al borde del lecho. En un rincón en que el techo se combaba, ordenados, gruesos, negros y fuertes estaban unos cueros de vino. Medio tambaleándose, sostenido por la calentura y la fantasía, nuestro caballero comenzó a vivir su sueño, y dando grandes voces, con la adarga en alto, hundióla en uno de los cueros, el que más bajo estaba. Saltó un chorro de vino encarnado y espeso, que le fué a mojar la corta camisa sucia, encharcándole los pies. Apenas él se notó mojado pegajosamente el cuerpo, y la adarga teñida de rojo, medio se despertó y continuó hundiéndola en los demás cueros, que se vieron acosados y vencidos en batalla singular y silenciosa, a no ser por las voces que el caballero daba. Salían éstas como palomas cálidas por el ventano que daba al corral, y fueron oídas por su criado, que aban-

donaba la cuadra en aquel momento, después de darles un pienso a las caballerías. Al oírlas subió las escaleras, que crujían en madera, atravesó rápido el corredor, volcando una alcuza y tirando un cántaro, y llegó a la puertecilla del caramanchón. Se frotó los ojos, que estirados quedaron del susto. Por la rendija baja de la puerta, y más aún por la gatera que le había crecido al lado, salía el chorro diluído, suelto y ágil, de un líquido sanguinolento, que iba extendiendo su mancha brillante por los ladrillos partidos y viejos que allí quedaban. Su mano temblona empujó un poco la puerta, y vio la sombra de su amo, y cómo la adarga, brillando en la penumbra, cortó tajante una especie de cabeza negra de abultadas orejas. Francamente aterrorizado, volvió sobre sus pies y, bajando a saltos la escalera, irrumpió nervioso y tartamudo en la tranquila reunión que en torno a la lectura se había formado. Anunció lo que había visto y algo de lo que imaginaba. Hubo un choque de gritos desiguales, y unos tras otros subieron presurosos las escaleras.

Entretanto, la aventura y la fantasía cogidas de la mano salieron silenciosas por el ventano hacia el tejado. Una vez en él se sirvieron de la cuerda vaporosa del humo que de la chimenea nacía, y trepando por ella se hudieron en la llanura azul del cielo. Allí, en la tierra, en una cámara —antiguo pajar de la venta—, quedaba un monigote con trazas de hombre, barbotando palabras que salían enredadas de espuma, y cuya vida intensa e interior servía de escama a su servidor, de ira a los venteros, de franco regocijo a la dama y al muchacho, de asombro a los criados de la venta, de burla al sacerdote y al barbero. A nadie de ejemplo y amor.

**“CON LA IGLESIA HEMOS DADO...”**



**Q**UEDABAN en el cielo, en forma de nubes, las últimas cenizas de la tarde. En el campo se despertaba el silencio, y tranquilo, sosegado y quieto, recibía a la noche, viajera de todos los días, que acababa de llegar envuelta en el velo negro de un sutil vientecillo que se derramaba por toda la llanura. A esa indecisa y torpe luz mostróse a los ojos de dos caminantes —que disputando venían— toda la mancha blanca y gris, con tal cual toque de almagra, del poblado que se extendía en casas, en cuyos tejados las chimeneas lanzaban las columnas ondulantes de sus voces. A su vista, los que venían quedaron un instante parados. Volvióse el burro que montaba el criado hacia un recodo del camino, en el que la alfalfa bien sembrada crecía jugosa y tierna, y, lentamente, comenzó su destrozo. El otro hombre, seco, delgado y alto, subido a un flacucho caballejo, estiró su vista en busca inútil de almenas y torreones de un alcázar o castillo. Nada se podía distinguir, pues, en verdad, aún les quedaba camino hasta llegar a las primeras casas del pueblo. La noche, que les había tomado la delantera, llegó antes que ellos, contribuyendo a sembrar aún más el desconcier-

to en la imaginación de nuestro caballero. No era aún la luna, y, sin embargo, había una luminosidad invisible y pálida que recorría el campo, sin saber de dónde partía. Quizá fuese el polvo blanco y plata que de las muchas estrellas encendidas se cerniese en el aire, hasta quedar sobre los pinares y las encinas, los rastrojos y bancales que en toda la gran cantidad de tierra que desde allí se veía o adivinaba tenían cómodo asiento. Gozo tembloroso en la voz del caballero, que preguntaba. Indecisión confusa en el balbucir del criado, respondiéndole. Santa y viva llama que le quemaba las entrañas de amor, en la noble figura que respiraba con fatiga desde lo alto del caballo. Rezongar y sorna en la mirada astuta del hombre del campo, sentado en su borrico. Sentimientos encontrados, trozos de vida, y, entre tanto, el camino iba acortándose. Inquietud serena. La proximidad —aún imaginada— del amor, hacía llegar a los oídos del más alto y delgado como un grato rumor de fuente clara para la boca ardiendo en sangre, pastosa y bronca, del sediento. Dejaron atrás, ya en las proximidades del poblado, una era redonda como torta de pan blanco. A un lado, el chozo de ramas verdes dejaba ver su ancha silueta, como guardián bello y fiel del tesoro de la cosecha que allí se había de transformar para elevarse y crecer en valor.

*“Media noche era por filo, poco más o menos”,* cuando nuestros andariegos personajes llegaban a las puertas del pueblo. La duda les paró ante los tres caminos que se ofrecían callados, en espera de verles pisar su blanca y estrecha alfombra. A la derecha y bordeando los tapiales de una casa —especie de convento— se veía una senda que debía de ir lamiendo las fal-

das del pueblo, dándole una vuelta a la redonda. A la izquierda y subiendo un declive del terreno se podían observar las ruinas negras y muertas de una antigua ermita podrida. Y delante, como invitándoles a entrar, una calle ancha, con dos pilastras a cada lado. Decidieron por la última y penetraron por ella. Sobre los relejes hondos de los carros, las pisadas de las caballerías habían ido dejando una estela de pasos de herraduras que, cruzándose unos con otros, formaban una cadena con eslabones de polvo. Resonaba el doble caminar en las casas, largas, con todos sus ventanos cerrados. Y al tiempo que ellos iban adentrándose por el pueblo, todas las voces nocturnas del mismo iban dejándose oír. Al cruzar por delante de unas portadas, el ladrido bronco de algún mastín con collar de púas. Si era bajo una torreta, ese rumor de conversación de alas de los palomares calientes. Ante un corral abierto y silencioso de alguna casa de labor oían el primer canto del gallo, que iba retumbando de garganta en garganta, hasta recorrer todas las cabezas adornadas de roja cresta que en el pueblo había. Más lejos, llegaban también los ruidos incontables del campo en la noche. El sisear del aire en los pinares cercanos. La voz en lumbre, estridente y aguda del cuclillo. El canto de algo que tritura la chicharra. Los sonidos menudos de plata monótona de los grillos. Y mientras tanto, nuestros viajeros seguían andando, y fueron a desembocar en una calle estrecha, en la que se veían los restos de las mesas y tiendas de un mercado. Torcieron por un callejón en el que casi se besaban las rejas, y fueron a parar a otra calle en la que se destacaba la portalada graciosa de un conventillo. Cundía la impaciencia por

los ojos —llenos de sed— del caballero, y su criado ensartaba una detrás de otra las palabras con que pretendía disculparse de su falta de guía y orientación. Pasaron ante una casa grande, de dos pisos y cámaras, con rejas trabajadas y retorcidas y ancha puerta castigada en clavos, con aldabones de metal en forma de dragoncillos que asemejaban muertos o dormidos. A su vista, el hombre alto y seco dió en reinar en sus ideas. Querría él que como hoguera de luz se delinease, en la quietud y ventura de la noche, el palacio de su amada. Y por ello pretendía llevar a su servidor hacia el centro del poblado. Sin embargo, el otro creía que, por el contrario, la casa labradora debía de estar más hacia las afueras. Y en lugar de los jardines de que asustado oía hablar a su amo, él buscaba el corralón grande con sus gorrineras pequeñas y blandas de estiércol, con sus tornajos en las puertecillas.

Iban recorriendo el pueblo sin resultado alguno, y el olor acre y fuerte que parece que mancha el olfato les indicó la proximidad de una bodega. Ante ella pasaron, dejando atrás una tinaja medio rota, en cuyo interior se veía un pedazo de agua ensangrentada y sucia. En la puerta de la casa de más arriba, un carro durmiendo arrodillado, con sus varas hundidas en el barrizal. Por fin, cediendo a razones del caballero, tomaron otra calle que, por lo limpia, recta y cuidada, debía ser la mayor o principal, porque al fondo de la misma había visto la negra silueta de un gran edificio o casa con torre. Al acabar la calle se toparon de manos con una portalada grande, y entonces, el más alto, seco y cetrino de los hombres suspiró: "*Con la iglesia hemos dado*". Y ante ellos se levantaba silenciosa y

cauta, como un obstáculo que les impedía el pasar adelante, como años y siglos más tarde tantos hombres se la encontrarían en su camino, cuando iban buscando el amor, la justicia o la libertad, o también el odio, la venganza o la aventura. Dieron un poco de vuelta en torno de la iglesia, y se detuvieron ante la tapia corrida, que formaba una especie de huerto cerrado, sin puerta alguna a la calle. Por su mucha altura, nada podían ver de su contenido. Mas el silencio se condensó aún más, hasta percibirse el choque con las piedras de los cordeles de las campanas en la torre. El final delgado, recto y negro de un criprés recordó que aquel lugar era de descanso. Cementerio viejo del poblado, que nació adosado a la iglesia, y ahora estaría abandonado, creciendo la hierba rápida y verde por entre las tumbas y las lápidas, sucias de la lluvia, rotas del tiempo. Algún escondrijo de lagartijas, y una cruz de hierro oxidado se elevaba en el centro con la serenidad de los días que resbalaron sobre ella, como las nieves del invierno y el sol ardiendo del verano. Volvieron a la plaza, en la que se levantaba airosa la torre de la iglesia. Como crucecillas rotas y negras que volaran, los morciguillos iban rezando su rosario a su alrededor, y las lechuzas viejas —hinchadas sus plumas y encendidos sus ojos— soltaban a intervalos el chorro de sus letanías. La desesperanza animó y puso en vilo el cansancio de nuestros peregrinos, que, ya perdida la fe, y a la buena de Dios, siguieron vagabundos por las calles del pueblo.

Entretanto, la noche iba adelgazando y empalidecía al adivinar la llegada de la mañana. Horas de niebla del alba llovían sobre las casas. De una de ellas,

madrugando su trabajo, salió un labriego. Como única persona en pie a aquellas horas, se acercaron a él nuestros viajeros. El, después de entretenerse con brevedad brusca, les señaló la casa holgada que a la sombra de la torre había crecido, como de la porpiedad del cura, centro de investigación más cierta, y se despidió de ellos tomando la calle más corta, que a su fin llevaba al campo. Tras breve discusión, nuestros hombres determinaron seguirle, y al poco rato se encontraban mohinos a las afueras del pueblo, que iniciaba ya su movimiento de despertar, abriéndose algunas puertas y escuchándose el laborioso y soñoliento arreglo de las caballerías y yuntas. Y despaciosamente se encaminaron con tristeza los peregrinos hacia un encinar que no lejos de allí estaba, adonde llegaron al mismo tiempo que el día, ya bien lavado y limpio, se ponía en pie.

**“DE LA EXTRAÑA AVENTURA CON  
EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS”**



**E**L encinar espeso, rodeado de la noche hecha de silencio, sentía deslizarse al través de sus copas y ramas la tranquilidad plateada de la luna y el sosiego desmenuzado en polvo brillante de las estrellas. Recostados sobre la pared redonda y ancha de uno de los árboles contendían despaciosamente dos hombres de mediana edad, con facha de gente del campo y dichos y conversación de escuderos, servidores o criados. Más allá, subiendo un montículo que venía a dar en una como plazoleta salvaje, repleta de luz de luna, otros dos hombres trenzaban en rumor la cuerda fácil de una conversación hecha de frases de desventura, amor y tristezas. Y no lejos de ambos grupos, sin sillas ni frenos, libertados de arzones y aljucenes, unos caballos de lustroso lomo pastaban la hierba en la compañía lacia y alta de un caballejo flaco y de un borriquillo peludo que parecían como grandes amigos entre sí.

A medida que la noche avanzaba, las conversaciones fueron adelgazando de párrafos y versos largos, y pasando por el puente fino y breve de las contestaciones secas y cortas, fueron a deshacerse en la playa tranquila, blanda y suave del mar del sueño, que les

ahogó a todos limpiamente. El horizonte sentíase atravesado de un vientecillo fresco cuajado de rumores, y entre tanto la noche proseguía su caminar negro, cruzando la llanura en su paseo diario de mujer triste y enlutada. Poco a poco, y entre el tibio regazo de las nubes, iban removiéndose las luces del día en puerta, y el encinar aclaraba sus colores como si se fuera limpiando finamente las huellas de sombra de la noche con el agua fresca, menuda y brillante del rocío mañanero.

Aún no había roto el día, cuando uno de los caballeros despertó al sentirse frío y mojado el rostro, que cubrió precipitadamente con una celada empenachada de plumas tiesas de triunfantes y limpios colores. Al ruido que hizo, el otro caballero removió su faz seca y alargada y entreabrió sus ojos pardos, que fueron doblemente heridos: por la luz de la madrugada recién llegada y por el centelleo que salía de unas lunas pequeñas, hechas de trozos de espejo, que orlaban todo el sobrevestido del otro caballero, cuyo traje dejaba adivinar su membruda y recia complexión. Se hicieron los preparativos para el torneo concertado la noche anterior. Y el más viejo de los criados, al despertar y encontrarse al lado de su compañero, que dejaba escapar fuertes ronquidos y resoplidos por unas narices descomunales, sintió el empujón del miedo y fué a reunir con su señor, el cual le ayudó a subir a un árbol para que desde aquella alta y respetable distancia presenciara la aventura y la pelea. Apenas el más alto, seco y cetrino de los contendientes dejó aposentado a su servidor, cuando el otro caballero, acompañado de un chasquear de armaduras con un cortejo

de rebrillos de espejos y la suave compañía de un revuelo de plumas, blandiendo descomunal adarga, alentó a su caballo, firme y lustroso, pero detuvo su carrera en espera que el hidalgo terminara su ocupación. Lucha real en un encinar perdido en la llanura cubierta por la luz blanca del amanecer, y batalla fantástica entre dos mujeres. La una, Dulcinea del Toboso. Señora manchega, de vida recta como la espiga, de color moreno y sano como el trigo. La otra, Casildea de Vandalia, con la tez del olivo andaluz y los ojos altivos. Humilde sencillez del tomillo contra arriscada gallardía roja del clavel. Nacida Dulcinea de un sueño de amor. Creada Casildea de una fantasía de caridad. Y las dos moviendo los peles de dos hombres que con disfraz de caballeros iban a cruzar, el uno, un arma enmohecida y antigua; el otro, una nueva y brillante que necesitaba de brazo que supiera darle empleo. Que tal es el mundo: la ilusión y la fantasía mueven los muñecos de la realidad. Y la vida huye y se escapa de los hombres para correr gozosa por las venas invisibles de las criaturas creadas por la imaginación y hacerlas moverse, sentir y hablar.

Entretanto, y mientras el Caballero de los Espejos detuvo su brioso caballo, el otro, inquieto y nervioso, se fue en derechura hacia él, derribándole con fuerza, ayudado por la sorpresa, hasta hacerle caer en tierra maltrecho y sin movimiento alguno. Y sucedió lo que tantas veces: que al dar en tierra una ilusión, como por encanto trocose en realidad conocida. Y de aquel caballero, honra y prez de los de su clase, entre las ruinas de su armadura hecha pedazos, quedara el cuerpo de un amigo. Había acudido, a todo esto, el escudero,

y junto a su amo no se atrevía a decir la verdad que le andaba pinchando por toda su boca, y optó por escupir una mentira de halago, hablándole a su amo del posible enemigo o encantador que en aquel cuerpo hubiera tomado forma y figura humana. La muerte rondaba cerca, el aire se notaba aún más frío; pero se le adelantó el otro escudero, que —ya sin narices— se encargó de recitar la verdad de lo ocurrido.

Algo pensativo quedó al oírle el caballero, y su semblante, ya de sí turbio y serio, encogióse aún más al recibir sus oídos, no acostumbrados más que al grato rumor y susurro de la fantasía, la letanía seca y seguida de la verdad. Y dejando al herido en manos de su escudero, arreglaron su borrico el criado y su caballo el señor, y se internaron por la vereda que atravesaba el encinar, en busca de la carretera, y dejaron tendida, al sol la piel suave y blanda de la aventura felizmente terminada.

Entretanto, el día había subido el último escalón de las montañas de la lejanía, y desde allí lanzaba su mirada de luz por toda la llanura.

“DE LA FELIZMENTE ACABADA  
AVENTURA DE LOS LEONES”



**M** EDIODIA en la llanura, sobrecogida de silencio. Por el camino carretero venían en grupo y con conversación lenta un hombre montado en una yegua tordilla, *“vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo”*. Y ese color fresco recorría los lomos del animal, en forma de aderezo, también verde, en el que se recortaba la silueta resplandeciente de un bien trabajado alfanje morisco. La cara morena de sol, serena y oscura la mirada, y todo el rostro enmarcado por un cabello gris plomo que el airecillo movía en su cabeza. A su lado, sobre los lomos incómodos y flacos de un caballejo de ojos cansinos, la silueta magra y alta de un hombre delgado, vestido de armadura, un tanto abollados peto y coraza, apoyando la lanza enmohecida y descomunal en el suelo y moviéndola rítmicamente al compás lento de su cabalgadura. La cabeza, larga y destocada, aparecía bañada en aceite, que el caballero iba secando con un gran pañuelo de hierbas que un hombre como del campo –que debía ser su servidor– le alargaba desde un borriquillo sobre el que, cómodamente asentado, seguía el caminar de las otras

cabalgaduras, de paso más largo que el de la suya.

Habían dejado atrás la suave ondulación de terreno que, en forma de lomas con prados de hierbecillas blancas, frescas y verdes, venía a ser como un oasis en medio de la llanura parda y tostada, y en cuyos linderos los pastores habían levantado un chozo hecho de ramas de pino, para desde allí vigilar el pasto paciente y recogido de un rebaño como de cien cabezas, entre ovejas, andoscas, primalas y corderillos, en los cuales dominaba ese color café tirando a negro —sucia de polvo la lana—, en contraste con otras ovejas blancas, que sobresalían en el rebaño, mirado desde esta distancia.

El servidor, mientras su amo hablaba con el del Verde Gabán, iba metiendo cuidadosamente en unas alforjas de franjas rojas de color vino, pardas de color tierra y amarillas de color mies, los restos de un reque-són blando recién comprado, que iba sacando de una bacia que chorreaba aceite turbio por la hendidura hecha en forma de media luna, y donde seguramente apoyarían la barbilla los clientes del barbero que fuera dueño de aquella prenda, que de tan humilde menester pasó a ser celada que ciñera la cabeza, tan llena de calentura como escasa de pelo, del caballero que iba a lomos del caballejo de piel seca y huesos, que también en fecha lejana pudo haber sido rocín lustroso.

En dirección contraria venía hacia nuestro grupo una carreta ancha, hecha de grandes tableros que el sol y la lluvia habían agrietado en ciertos sitios, tirada por unas mulas, y cabalgando en la delantera un hombre que las iba guiando. Recostadas sus espaldas en uno de los dos grandes cajones que formaban la carre-

ta, apoyada la mano en la galga, venía otro hombre canturreando adormecido una cancioncilla. En las esquinas del carromato dándoles vida el viento, despabiladas y descoloridas de lluvia, polvo y sol, cuatro banderas reales.

Poco a poco, ambos grupos fueron acortando la parte de camino que los separaba, y la carreta inició un desvío para poder cruzar con más comodidad y anchura, saliéndose de los relejes marcados; pero tuvo que parar, ya que uno de los que venían en el grupo —el que montaba el caballo flaco— se había adelantado a sus compañeros y, parándose en medio del camino, atravesó su rocín y con su adarga enarbolada hizo señas de alto. Descendieron los carreteros, creyendo que algo se les ocurría o habiales sucedido cosa de poco provecho a los caminantes. Mientras tanto, se bajó del burro el hombre del campo y dejando sus alforjas y la bacía, se vino hacia el carro a escudriñar su contenido. Sus narices bastas aspiraron un olor agrio y caliente, y por una de las junturas vió una uña agarrotada y sucia de boñigos, y que, por lo desmesurada, debía pertenecer a un grande animal que él desconocía.

Mientras tanto, seguía la discusión entre los carreteros y el caballero armado. Terció en ella el del Verde Gabán, y sus palabras tranquilas, vehículo cómodo de la sensatez, agradaron a los de la carreta, mas no así al caballero, que a grandes voces insistía en su propósito de librar ruda y ejemplar batalla con los leones que, según confesión reciente de sus conductores, iban en la carreta.

El criado, que había presentido el peligro, vino a

resguardarse al grupo, algo confuso. Y su temor fue en aumento al oír los deseos de su señor. No bastaron a disuadirle de su propósito ni las consideraciones del cauto señor manchego, que, nervioso, jugaba con su alfanje, ni el recuerdo que le hacía su escudero de tanto y tanto descalabro en aventuras menos peligrosas que aquélla, ni las frases de terror de los carreteros ante la sola idea de tener que soltar los leones. Insistió altivamente el caballero, y, sin duda, sobrecogidos los de la carreta ante la armadura y la adarga, que ya recibía el nervioso y desigual movimiento de la cólera, temerosos de que ésta descagara sobre ellos, desuncieron las caballerías y, todos en grupo, se retiraron a honesta y larga distancia, quedando a pie sobre la llanura nuestro caballero, que parecía que no hacía más que tocarla con sus pies, cuando ya se sentía correr la sensación roja, viva y caliente del valor y la grandeza.

Subióse al techo de la carreta el hombre que guiaba, y tras prudente mirada por el tragaluz pequeño que allí había, con esfuerzo logró subir el madero que en forma de trampa cerraba la puerta trasera del carreton. Y, perfectamente encuadrada, la luz de la llanura tocó la cabezota grande de un león medio adormilado. Al contacto suave y frío del aire, desperezó su melena, sucia de polvo y pajas, y fijó sus grandes ojos de caramelo ardiendo en la extraña silueta que, completamente inmóvil, tenía ante sí. Cruce de miradas del león al caballero. En el techo, el de la carreta ahogaba su respiración y tenía los ojos fuertemente cerrados. Cansado de esperar —la aventura es siempre rápida—, el de a pie se dirigió al leonero y le dijo que hostigase al animal, rey destronado de una selva. Y al oír tan gran-

des voces, medio se incorporó el león sobre sus anchas patas delanteras; pero, somnoliento y harto de carnaza, que sangrante y florecida en negro de moscas aún quedaba en trozos sobre la paja de la carreta, volvióse y enseñó su lomo escurrido, mientras se sacudía las moscas con su rabo largo rematado en pelo crespo. El golpetazo que dió el portoncillo al cerrarse y ahogar otra vez al león en la oscuridad, arrancó a éste un rugido caliente y prolongado, al que se unió el de la leona, que iba en la parte delantera, más agudo y largo, y que fueron a herir los oídos aterrorizados de los que en el grupo, alejados, estaban.

Pero ya el caballero les hacía señas de acercamiento con el pañuelo hincado en la adarga. Levantóse del suelo, donde de rodillas y tartamudeando rezando estaba el escudero, y en compañía del del Verde Gabán, que admirado había contemplado la escena, y del otro carretero volvían temerosos de encontrarse los restos de algún mal suceso. Una vez pasado el susto, y con prisa de seguir adelante, el leonero contó la aventura habida, haciendo un relieve falso y exagerado del valor del caballero, que íntimamente alegrado en aquel momento hacía ofrenda de su batalla ante los pies de su Dama, que parecían adivinarse bajo una de las nubecillas que comenzaban a pasear por el aire, como muchachas blancas, azules y verdes que quisieran ver la aventura felizmente acabada.

Uncieron los carreteros sus mulas, arreglaron sus arreos, y tras breve conversación de despedida, alumbrada por el brillo del dinero en pago a su obediencia, reanudaron su caminar interrumpido cada uno de los grupos.

Y en medio de la llanura, sobre un camino solitario, sucio y polvoriento, nació y murió la aventura. El peligro anduvo rondando cerca de los contendientes, en forma de espirales de remolinos y ventisca; pero al sentirse llamado por el Caballero tuvo miedo de sí mismo y, alargando la espiral, fué a tropezar en una nube alta y pequeña, donde se refugió.

Y el Caballero de la Triste Figura, en pila de romeros y lentiscos, con agua de sol manchego, fue confirmado con el nombre de Caballero de los Leones por las manos, hechas de amor, de la Fortuna. Y allí actuaron –sin saberlo– de testigos, su escudero, el del Verde Gabán y los dos infelices carreteros, que traían unos leones mareados y viejos, de orden del gobernador de Orán, para Su Majestad Católica.

# ÍNDICE

	Página
<b>PRESENTACIÓN Y PRÓLOGO</b> .....	9
Andrés Ochando y Ochando .....	11
<b>EL AUTOR Y SU OBRA</b> .....	21
Índice de publicaciones .....	23
<b>LA OBRA DE A. OCHANDO EN LA CRÍTICA DE LA ÉPOCA</b> .....	37
Arco de Pasión .....	39
Llanuras de mar y tierra .....	41
Baladas del «Quijote» .....	44
<b>ARCO DE PASIÓN (LAS 7 PALABRAS)</b> .....	49
<b>LLANURAS DE MAR Y TIERRA</b> .....	65
Llanuras de mar .....	69
Llanuras de tierra .....	81
Siluetas levantinas .....	95
Siete latidos de sol .....	107

	Pagina
<b>BALADAS DEL «QUIJOTE»</b> .....	119
Advertencia .....	123
Dintel (Homenaje a Cervantes) .....	127
“En un lugar de La Mancha...” .....	133
“La del alba sería...” .....	141
“De la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento” .....	151
“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos” .....	157
“De la alta aventura y rica ganancia del Yelmo de Mambrino” .....	165
“De las extrañas cosas que en Sierra Morena su- cedieron al valiente caballero de La Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Bel- tenebros” .....	171
“De la brava y descomunal batalla con unos cue- ros de vino tinto” .....	177
“Con la iglesia hemos dado...” .....	183
“De la extraña aventura con el Caballero de los Espejos” .....	191
“De la felizmente acabada aventura de los leo- nes” .....	197

EL LIBRO  
TRES POEMARIOS:  
ARCO DE PASIÓN,  
LLANURAS DE MAR Y TIERRA  
Y  
BALADAS DEL QUIJOTE,  
DE ANDRÉS OCHANDO Y OCHANDO,  
DE LA COLECCIÓN CLÁSICOS ALBACETENSES  
Y EDITADO POR EL  
INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES,  
SE ACABO DE IMPRIMIR  
EL DÍA 23 DE ENERO DE 1991  
EN GRÁFICAS QUINTANILLA  
DE LA RODA



DIPUTACION DE ALBACETE